

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 6 DE 1881.

SOMBRAS

(Continuacion.)

VIERNES

El tiempo es largo, es interminable ó es rápido, fugaz, segun se mida.

Julian entra á Colon con varios amigos y toma asiento en la primera silla de un palco de *avant scene* y apoya delicadamente su mano, estrechamente calzada de nuevo, sobre el rojo terciopelo, fijando distraidas miradas en la sala. Compró de paso en la tienda de Basile, guantes perla, los otros eran oscuros y usados.

Malvina se ha quedado sola, el golpe que cerró la puerta de calle, ha resonado lúgubramente en su corazon; le parece que está como enterrada viva; cruel sensacion de extraño desaliento se apodera de su espíritu. Lloro y llora, á sollozos, como lloran los niños; pero ese llanto es demasiado vehemente para ser duradero. Su dolor se calma con las lágrimas y su corazon renace á la esperanza.

Julian me ha prometido, no mirar á la cazuela ni á los palcos, exclama en alta voz y para afirmar su creencia, corre á ver si el antejo está en su lugar; oh gozol... la caja de marroquin verde oscuro, sin que sea necesario abrirla, revela desde lejos que el antejo está allí prisionero; Malvina con infantil curiosidad le abre sacando los gemelos, los dirige hácia el espejo, en el cual se retrata su propia imágen, profusamente iluminada por un pico de gas. La celosa, se encuentra preciosa, y lo está.

Hace una muequilla coqueta y sus labios sourien enseñando unos dientes blancos y menudos como granos de arroz.

Así me miraba Julian, cuando me

festejaba, piensa la coqueta y aquel recuerdo dulcísimo apaga sin embargo la sonrisa de su linda boca. Toma de nuevo el antejo, vuelve á mirarse y se encuentra despeinada, con el cuello ligeramente ladeado, pues en la amorosa liza, perdió el alfiler y aun el lazo que lo sujetaba.

Estoy atroz, dice y deja furiosa el antejo volviendo la cara á otro lado no sin hacer ántes, debo reconocerlo, una mueca poco graciosa, al espejo.

Nada dispone peor el humor de una mujer que el hallarse fea; ante el propio juicio crítico todo queda pálido y descolorido: no hay cumplimento que haga olvidar el terrible fallo del espejo.

«¿Qué haré para matar el tiempo, piensa con cierto mal humor Malvina. Si no fuera día de fiesta bordaría aunque fuera de noche; pero mientras otros se divierten, también fuera sousera... Otros... es Julian y todo Colon; no me cabe duda.

Oscuras sombras cubren el semblante de la esposita y un pensamiento celoso, intuitivo, cruza como relámpago por su cabecita despeinada. Si habrá ido Pepa?

Esta idea cobra tal cuerpo, tal fuerza, que la celosa siente la necesidad de pasearse de un lado á otro durante algunos momentos. Se oye un organito que toca una mazurka; Malvina la reconoce, y de improviso brillan sus ojos: su memoria le retrata fielmente la noche venturosa de su triunfo radical sobre Pepa.

Ah! fué conmigo, que bailó esta mazurka y al día siguiente me pidió, esclama arrobada, y apesar del frio récio, abre la ventána la celosa, no, que ya no lo está, y llama con su *chit* expresivo al organista, corriendo presurosa en busca de un peso, que halla felizmente aunque algo viejo, en el fondo de su cartera, regalo de Julian.

El italiano agradecido, repite: Grazie tante, y la mazurka hace las delicias del barrio durante media hora.

Malvina escucha embobada; aquella melodía vulgar evoca imagenes deliciosas que agitan su corazon, y el recuerdo de

sus días de novia le hace olvidar hasta la ausencia de Julian.

Cesa el organito su mazurka, el almacén de enfrente acorta su luz y Malvina, como quien despierta de un sueño dice: ya debe ser tardel

El reloj del Cabildo da lentamente las 9 y la pobre solitaria se apercibe cuan poco ha consumido de aquel tiempo interminable y mide con doloroso estremecimiento las horas que aun debe pasar sola y sin su marido.

Pero Malvina es valiente y con un «paciencia» acompañado de hondo suspiro se dirige á su cuarto, emprende la magna tarea de arreglar su ropero, que sea dicho de paso, deja que desear como prolijidad y aliño.

Nada ocupa de una manera mas grata á una recién casada, y Malvina lo era, que esa revista minuciosa de sus galas.

Si la jóven es rica, la vanidad se lleva una buena parte, si no lo es, como Malvina, la coqueteria suple aquel vacío. Además—ahí está el traje de novia, de blanca gasa, con su velo trasparente, algo arrogado y todavía con los alfileres que lo sujetaban, y los zapatitos al lado de la corona, lo cual no es muy racional, pero quizá emblemático. Malvina lo comprende bien y pone los azahares que contempla enternecida pero sin pena, en la tabla mas alta del ropero, ayudada por una silla; mientras que los zapatos quedan en la de abajo... (por si hay algun baile) tal ocurre á la esposita.

Esta idea del baile, le recuerda el de la Beneficencia á que irá, mañana sábado, su Julian adorado...

Nueva sombra cubre su rostro, y las camisas y los pañuelos que están en confusion así quedan. Tanto peor! Quien piensa ya en esas cosas!

Otra noche de tristeza, piensa la pobrecilla; pero quien anda ahí?...

No tiene duda, en el comedor ha oído pasos. Su terror toma proporciones colosales—siente pasos, sí, los siente, que horror! ¿Si serán ladrones, que va á suceder!... Dios mio, Dios mio!

Corre instintivamente en direccion á

la salita la pobrecilla, con la idea de llamar al vigilante; pero una vez abierta la ventana le dá vergüenza; piensa que es temprano para ladrones y el viento frio que refresca su cara parece volverle el valor.

«Han de ser las lauchas, Juana me ha dicho que va á comprar una trampita.— que floja soy! Que ditia Julian de mi si supiera!»

Sonrie la miedosa; pero no se aparta de la ventana, le parece que los pasantes la acompañan y que la luz del farol es mas alegre que la de su aposento. En la salita está á oscuras y para ir á buscar los fósforos hay que ir donde oyó los pasos; no va por nada, que temprano ó no temprano, quien puede asegurar que los ladrones. . . ¿Que hace Julian entre tanto?

Oh! el antecjo de un amigo es excelente y como todos miran á las bailarinas, escotadas y rollizas sirenas; él cree que puede y debe hacer lo que hacen todos sin faltar á su promesa conyugal. De la cazuela lo miran; el irresistible lo sabe y de vez en cuando se atiza coquetamente su bicote, que sea dicho en obsequio de la verdad, es irreprochable. Allí está Pepa. Pobre Pepa! Julian reconoce que se ha portado mal con ella, y la saluda con especial urbanidad y cierta contriccion . . .

¿Que será que ya no pasa gente y el tramway se hace desear?

Ha de ser tarde, piensa para si Malvina, que tiene mucho frio y se fastidia, y de buena gana se acostaría. Pero no se atreve á moverse de donde está, mal ó bien desde los vidrios y haciendo un esfuerzo suele verse el vigilante de la esquina.

La pobre esposita ha notado que aquel tiene capote, que los botones brillan cuando la luz les dá de costado, que un gato va y viene por el medio de la calle y que en el almacén van á cerrar...ya han cerrado. Como lo sientel! Apesar de que la vista de un queso amarillo que habia sobre el mostrador le causaba un no sé que en el estómago; la luz del almacén y los dos muchachos que parecían jugar á la baraja tras el mostrador la divertían.

Malvina cree que tiene como hambre y la pobrecita esclama entre bostezos, «si no he comido.» Esta idea parece agregar mas su apetito y la miedosa con el corazón palpitante y la respiracion anhelosa toma la viril resolucion de ir al comedor, á ver si hay pan.

Pobre Malvina que á trueque de morir-

se de miedo ha pasado la terrible puerta y no halló sino migas y aun éstas con olor á laucha. ahl ah!! . . .

El reloj del Cabildo ha dado horas; pero no las ha contado la hambrienta esposita y como el frio la hace tiritar y un poco el miedo, decide acostarse; pero vestida.

Pasa el tiempo lentamente; el gas que por economia ha reducido á pequeñas proporciones lanza una luz mortecina. Si pudiera dormirme, piensa Malvina; pero sin Julian no puedo, no puedo, y el llanto corre de nuevo.

Suelen dormirse los niños despues de mucho llorar, tal le pasó á Malvina, que así gastó como una hora de aquella velada interminable.

Cruje la puerta. ¡Oh dicha, oh dulce despertar en brazos del amante dueño!

«Cómo vestida? Qué locura! Pronto, pronto á la cama monona mia que hace frio y mañana tengo que madrugar. Un beso—Un te adoro, un suspiro. . . Y todo queda en silencio y sombras! . . . Julian habia cenado en el café de Paris con sus amigos del Instituto!



EDUARDA,

(Continuará.)

Agosto 7 de 1881.

INMORTALIDAD

Nada hay eterno sobre el mundo, todo Tras breve tiempo de existir acaba; La vida mas durable de la tierra Relámpago es que centellea y pasa.

Todo veo morir en torno mio: La flor que fresca contemplé en el alba, Hoy ya la encuentro al declinar la tarde Descolorida, sin aromas, lánguida.

Vi ayer á orillas del bullente arroyo Brillante insecto que fugaz volaba, Hoy, como rastro de esa corta vida, Solo he hallado el polvo de sus alas.

Y todo muere así: lanza en la aurora Su primer trino el ave en la enramada; Pocos dias despues en el crepúsculo Su última nota moribunda exhala.

Y cual la flor, el ave y el insecto Todo tambien en nuestra vida acaba, Y aunque mas dura que el placer la pena

Ella tambien se desvanece y pasa.

¡Como pasan los cándidos ensueños De la sonriente y fugitiva infancia, Como pasa la turba de ilusiones (Que en la edad juvenil la vida cacanta!

Si todo muere, si en la tierra triste Solo encuentro doquiera lo que acaba, ¿Porque esta aspiracion á lo infinito Qué de él en busca sin cesar me lanza?

¿Cómo abrigo la idea de lo eterno Si es tan finito lo que el mundo guarda? ¿Cómo es que pienso en lo que nunca muere Si en todas partes la ruina se halla?

Ah! yo soy el origen de esta ardiente Gigante aspiracion! ¡solo es mi alma! Rayo inmortal de claridad eterna Que me conduce á la inmortal morada!

CELESTINA FUNES.

Rosario, Octubre de 1881.

A ERO

Estoy solo, á la sombra poética de los árboles, respirando el viento que libre juega con las hojas secas del camino, y pienso en tí ¡oh, Erol recuerdo las deliciosas horas pasadas á tu lado y acaricio esperanzas dulcísimas, perdidas en los celajes del porvenir.

Si estuvieses á mi lado, no trataría de traducir al lenguaje de las palabras las agitaciones del corazón, y te diría todo, sondeando con las mias la profundidad de tus miradas.

Estoy solo, y consuélome con entregar á las brisas fugitivas estas lamentaciones, estos débiles suspiros.

Llega hasta mi oído el murmullo de las aguas que sobre vasto lecho de arenas revuelve el Plata ensorberbecido al recuerdo de sus pasadas glorias; á mi alrededor veo jugar las aves, y flotar las mariposas como sueltos pétalos de flores entregadas al capricho de los vientos. Los rayos del sol atraviesan el ramaje espeso dibujando sobre la verde alfombra mil círculos plateados. La naturaleza desbordante de savia me recibe como una madre cariñosa; los viejos troncos teudidos hácia el camino parecen decirme: «¡Ven á mis brazos!»

Erol yo vengo á estos sitios á invocar

tu recuerdo; aquí, lejos de los hombres, donde pueda entregarme á mis sentimientos con la libertad que me ofrece un cielo sin límites, al que puedo dirigirme sin que ojos importunos me miren, sin que oídos profanos escuchen las exclamaciones que se escapan desde el fondo de mi pecho.

Busquen otros el placer efímero en el estruendoso festín de las ciudades; yo huyo á la soledad, á entregarme á las meditaciones solitarias, á los sueños vaporosos de la juventud, y á aligerar mi espíritu, para enviarlo hácia tí como una paloma mensajera del amor inmortal. Huyó á la soledad, llevado por una fuerza irresistible, temeroso de que me sorprendan el más querido, el más íntimo de los secretos; acaricio el césped sobre el que quisiera verte sentada, oprimiendo dulcemente mis manos sedientas de caricias; y pregunto al cielo impasible, á las flores que me miran pasar, por qué adversidad de la suerte no te puedo sentir á mi lado en todas horas, escuchando las palpitaciones de tu corazón, recibiendo tus suspiros y amándonos como dos niños envueltos por la voluptuosidad de una pasión inocente.

¿Es un crimen amar? ¿Es un crimen encerrar un alma en esta forma pasajera del cuerpo, como lleva la luciérnaga un foco de luz en sus entrañas, como lleva la flor un perfume entre su seno, y el pájaro una música incosante y armoniosa en su garganta?

Ero, tu alma al menos me acompaña, y si mis ojos no te ven, si es verdad que no te escucho, si no siento tus manos estrechadas con las mías, si no vagamos juntos, olvidados de todo lo que no sea nosotros mismos, tengo la felicidad de creer que me recuerdas, y á veces, en el crujido de una hoja seca, en un ruido de alas, creo oír mi nombre pronunciado con el timbre de tu voz.

Día llegará en que juntos visitemos estos lugares tan injustamente olvidados de los hombres, y que gravemos en la corteza de los árboles dos letras entrelazadas, que dirán más, al animante distraído que un día las encuentre, que cuanto pueden decir todos los poemas que se han escrito.

Día llegará, y está cercano. Le ven venir con la estación de los frutos y las flores. Saludemos al sol que vivifica la naturaleza, y al amor que vivifica las almas!

LEANDRO.

Octubre 31 de 1881.

PÉTALOS

I.

Vienen mis versos desde tu alma, cual la paloma del arca santa en otros días batió sus alas hácia la tierra desconsolada.

¡Que en un destello de tu mirada, besando el arco de tus pestañas, entren al nido que los aguarda, como paloma que vuelve al arca!

II.

Serpean los relámpagos sobre mi oscuro cielo: como un arbusto, en flores rebosa el pensamiento; si fijas en mis ojos, febriles cual mis sueños, tus dulces ojos tristes, tus dulces ojos negros!

III.

Tengo un libro adorado, altar de dicha, que, sin buscar palabras, mis ojos miran; que, si lo leo, pensando en algo extraño, ni lo comprendo.

En la página muda duermen tus besos! . . . ¡Oh, libro que vijilas tan dulce sueño, deja que, loco, despierte con mis lábios uno tan solo!

E. E. RIVAROLA

Octubre de 1881.

LA CAMPIÑA DE ROMA

—

Imaginamos algo semejante á la desola-

cion de Tiro y Babilonia, de que habla la Escritura; un silencio y una soledad tan vastos como el ruido de los hombres que se apiñaban en otro tiempo sobre este suelo. Se cree oír resonar allí esta maldición del profeta: *venient tibi duo hæc subito in die una, sterilitas et viduitas*: vendrán sobre tí dos cosas á la vez, en un mismo día, la esterilidad y la viudez (*Isaias*.) Percibis aquí y allá algunos fragmentos de vías romanas en lugares donde nadie pasa ya, algunas huellas desecadas de los torrentes del invierno: esas huellas, vistas de lejos, parecen grandes caminos trillados y frecuentados, y no son más que el lecho desierto de una onda tempestuosa que se ha escurrido como el pueblo romano. Apenas descubris algunos árboles, pero en todas partes se levantan ruinas de acueductos y de tumbas; ruinas que parecen los bosques y las plantas indígenas de una tierra compuesta del polvo de los muertos y los despojos de los imperios. Frecuentemente he creído percibir ricas mieses en una vasta planicie; me he aproximado: eran yerbas marchitas que habían engañado mi vista. A veces, distinguís bajo estas estériles mieses las huellas de un antiguo cultivo. No hay pájaros, ni labradores, ni movimiento campestre, ni aldeas, ni mujidos de ganado. Un corto número de quintas arruinadas se presenta en la desnudez de los campos; sus puertas y ventanas están cerradas; no salen de allí ni humo, ni ruido, ni habitantes. Una especie de salvaje casi desnudo, pálido y devorado por la fiebre, guarda esas tristes chozas, como los espectros que, en nuestras historias góticas, impiden la entrada á los castillos abandonados. Se diría, en fin, que ninguna nación se ha atrevido á suceder á los señores del mundo en su tierra natal y que estos campos están como los dejó la esteva de Cincinato ó el último arado romano.

En medio de este terreno inculto es donde domina y contrista todavía un monumento llamado por la voz popular el *Sepulcro de Nerón*, donde se levanta la gran sombra de la ciudad eterna. Despojada de su poder terrestre, parece haber querido aislarse en su orgullo: se ha separado de las demás ciudades de la tierra; y, como una reina destronada, ha ocultado noblemente sus desgracias en la soledad.

Me sería imposible decir lo que se experimenta cuando Roma se aparece de repente en medio de esas

reinos vacíos, *inania regna*, semejando levantarse para vos de la tumba en que yace. Tratad de imaginaros la turbación y el asombro que se apoderaban de los profetas cuando les enviaba Dios la visión de alguna ciudad á la que habia ligado los destinos de su pueblo: *Quasi aspectus splendoris*. «Era una visión esplendorosa.» (Ezequiel.) La multitud de los recuerdos, la abundancia de los sentimientos, os oprimen: vuestra alma se trastorna en presencia de esa Roma que ha recogido en dos ocasiones la sucesión del mundo como heredera de Saturno y de Jacob.

¿Creeréis tal vez, mi caro amigo, según esta descripción, que nada hay más espantoso que las campiñas romanas? Os engañaríais en gran manera; tienen una grandeza inconcebible; se está siempre dispuesto, cuando se las mira, á esclamar con Virgilio:

Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,

Magna virum.

Si las considerais como economistas, os dejarán desolado; si las contemplais como artista, como poeta y aun como filósofo, no queríais tal vez que fuesen diferentes de lo que son. El aspecto de un trigal ó de una lomada de viña no os causarían emociones tan fuertes como la vista de esta tierra, cuyo suelo no ha sido rejuvenecido por el cultivo moderno, y que ha permanecido antigua como las ruinas que la cubren.

Nada es comparable por la belleza á las liras del horizonte romano, á la dulce inclinación de sus planos, á los contornos suaves y fújitivos de las montañas que lo terminan. Los valles toman con frecuencia en la campaña la forma de una arena de un circo, de un hipodromo; las lomadas están cortadas en terraplenes, como si la mano poderosa de los Romanos hubiese removido toda esa tierra. Un vapor particular, esparcido en la infancia, redondea los objetos, y disimula lo que podrían tener de duro ó áspero en sus formas. Las sombras jamás son negras y pesadas; no hay masas tan oscuras de rocas y de follaje en las que no se insinúe siempre un poco de luz. Un tinte singularmente armonioso contunde la tierra, el cielo y las aguas: todas las superficies, por medio de una gradación insensible de colores, se unen por sus ostreidades sin que se pueda determinar el punto donde un matiz concluye y otro comienza. ¿Habeis, sin duda, admirado en los paisajes de Claudio Lorrain esa luz que parece ideal y mas bella

que la de la naturaleza? ¡Pues bien! esa es la luz de Romal

No me cansaba de ver, en la *Villa Borghese*, ponerse el sol sobre los cipreses del monte Marius y sobre los pinos de la *Villa Pamphili*, plantados por *Le Nôtre*. He remontado también muchas veces el Tiber hasta *Ponte-Mole*, para gozar con esta gran escena del fin del día. Las cumbres de las montañas de la Sabina parecen entonces de ópalo y de lapiz-lázuli, mientras sus bases y sus flancos se sumergen en un vapor de tinte violáceo y purpúreo. A veces, algunas bellas nubes, como ligeras carros conducidos sobre el viento de la tarde con una gracia inimitable, hacen errear en la aparición de los habitantes del Olimpo bajo ese cielo mitológico, á veces, parece que la antigua Roma ha estendido en el occidente toda la púrpura de sus Cónsules y de sus Césares, bajo los últimos pasos del dios del día. Esta espléndida decoración no desaparece tan pronto como en nuestros climas: cuando creéis que sus tintas van á borrarse, reaparece con mas viveza en algun otro punto del horizonte: un crepúsculo sucede á otro crepúsculo, y la majia del poniente se prolonga. Es cierto que en esta hora del reposo de las campiñas, el aire no resuená ya con los cantos bucólicos; ya no hay pastores allí, «*Dulcia linquimus arva*» pero se ven todavia las grandes víctimas de *Citurnio*, bueyes blancos ó manadas de yeguas salvajes que descienden hasta los bordes del Tiber y vienen á abrevar en sus aguas. Os creeríais trasportado al tiempo de los antiguos Sabinos ó el siglo del Arcadio Evandro, cuando el Tiber se llamaba *Albula* y el piadoso Eneas remontó su ondas desconocidas.

Convendré, entretanto, en que las perspectivas de Nápoles son quizá mas deslumbradores que las de Roma: cuando el sol encendido ó la luna ancha y enrojecida se levanta sobre el Vesubio como un globo lanzado por el volcan, la bahía de Nápoles, con sus orillas bordadas de naranjos, las montañas de Pulla, la isla de Caprera, la costa de Pausilipo, Bayas, Misena, Cumas, el *Averno*, los Campos Eliseos y toda esa tierra virgiliana presentan un májico espectáculo; pero no despliega, á mi juicio, el grandioso de la campiña romana. Por lo menos, es indudable que nos aficionamos prodijiosamente á este suelo famoso. Hace dos mil años que Ciceron se creia desterrado bajo el cielo del Asia, y que escribia á sus amigos: «En Roma es donde debe habitarse, mi querido Rufo; es bajo su luz

donde se debe vivir.» Este atractivo de la bella Ausonia es siempre el mismo. Se cita muchos ejemplos de viajeros que, habiendo venido á Roma con el designio de pasar en ella algunos días, han permanecido aqui toda su vida. Fué necesario que Poussin viniese á morir en esta tierra de los bellos paisajes.

CHATEAUBRIAND.

TUS MIRADAS

Los rayos melancólicos que lanza
La luna en la quietud de su desvelo
Son pálidos suspiros desmayados
Del ángel del anhelo,
Que errabundos, murientes, en despojos
Digno sepulcro encuentran en tus ojos.

Y tus miradas cándidas, serenas,
Que elevas con celeste y tierna calma,
Los plácidos esfluvios que despreudes
Del astro de tu alma,
Para bañar en luabre bienhechora
Al ángel triste que medita y llora.

ALEJANDRO V. MURGUIONDO.

Bs. As., Octubre 28 de 1881.

LA TUMBA DE LOS HÉROES DE LA PATRIA

I.

La vírgen Americana dormia tranquila y silenciosa arrullada por los dulces susurros que modula el viento en sus caducas selvas, por cuyos senos sombríos deslizan mansamente sus aguas cristalinas mil pequeños arroyos que adornan sus riberas las silvestres margaritas.

Sus hijos vivían en armonia con tan poética naturaleza. En sus apacibles noches de luna sentados bajo el frondoso ramaje de algun corpulento algarrobo, contemplaban la reina de la noche, cuyos melancólicos y plateados rayos se posaban en los magestuosos y nevados picos de los Andes, que ocultaban sus coronadas cimas bajo una capa de flotantes nubes.

Así vivían los hijos de la hermosa América. . . . Así pasaban los siglos

placenteros apurando el dulce néctar de la inocencia.

Pero un día el Océano desplegando toda su magestad y fuerza venia á chocar con furioso impetu contra las rocas que limitan su régio lecho, á las cuales pocos momentos antes venian sus aguas en dulce murmullo á besar sus escarpados piés; apareció la aurora seguida del radiante astro del día, pero las juguetonas brisas, ocultas en las perfumadas corolas de las flores no abandonaban sus moradas para acariciar las aguas de las fuentes ni mecer las flotantes mariposas; la naturaleza envuelta como por un sudario plomizo no ostentaba su hermosura.

¿Por qué tanto cambio en el siempre poético y risueño cielo Americano? ¿Por qué el Oceano se agitaba levantando montañas de agua como desafiando á los orgullosos Andes?

Era que el mar habia visto se paseaban victoriosas por su superficie algunas carabelas, hollando sus vírgenes corrientes por eso se agitaba en su lecho de movdiza arena haciendo rodar inmensas moles de agua que chocaban contra los navios ó las rocas y al hacer inútiles esfuerzos se convertian en olas de blanca espuma.

Eran los compañeros de Colon que habian sorprendido á la patria de los Incas, cuyos hijos mas tarde debian soportar por espacio de tres siglos el pesado yugo de la esclavitud; pero al fin cansados de arrastrar esas cadenas, agitaron sus membrudos brazos, viendo caer á sus piés rotos sus eslabones, al mismo tiempo que el grito de libertad repercutia desde las cóncavas cavernas de los Andes, hasta la infinita inmensidad del Atlántico.

Los sencillos corazones Americanos habian comprendido llegada la hora de dar el grito de independencia; los Incas se conmovian en sus tumbas al ver que iba á ser regenerada por sus hijos la patria que habian regado con su sangre; desde las costas del Atlántico hasta el Pacífico, desde la tierra del Fuego hasta mas allá del Istmo de Panamá se oia estridente el sonido del clarin guerrero que anunciaba la hora del combate á la America redimida.

II

•Las olas de la revolucion iban á chocar ya contra los muros de los palacios de los vireyes.

San Martin disciplinaba un pequeño ejército al pié de los Andes; y una ma-

anunciaba la partida. Iban á sorprender al leon Ibero que dormia tranquilo sobre sus secos laureles, creyéndose seguro porque una muralla de granito, era el atajo que lo separaba de la tierra de los héroes; pero los Anibales argentinos despues de una fatigosa marcha al través de los Alpes Americanos, se precipitaron sobre el ejército realista que se hallaba en la llanura de Maipo.

Una densa nube de polvo y humo anuncia que ha empezado la accion. Los aceros describen círculos en el aire, cayendo bajo sus repetidos golpes despedazadas las cadenas que aprisionaban á Chile.

Todo es confusion; los ayes de los moribundos se mezclan con los gritos de victoria, las blasfemias de los heridos con las voces de mando y las detonaciones del cañon. Allá un héroe que sostiene con una mano su bandera, mientras con la otra oculta una herida que le ha traspasado el corazon; mas allá yace otro entre un charco de sangre y haciendo un supremo esfuerzo se levanta sobre sus rodillas dando un grito de viva la patria!!! cayendo exámine como si esa exclamacion se hubiera llevado tras sí el alma.

San Martin montado en su caballo de guerra hace flamear el estandarte bicolor, recorriendo la línea de batalla y exhortando el valor á los soldados. Por fin el leon de las Españas sacudiendo su ensortijada melena ruge y escarba el suelo con sus afiladas garras y como avergonzado de su imposibilidad se dá á la fuga.

El sol que pocos momentos ocultaba su brillante faz tras una espesa nube, acaba sus rayos de rasgar este fúnebre velo viniendo á quebrarse en la frente de los héroes Argentinos en donde irradiaba la aureola de la victoria.

III

Pero no podeis figuraros el terrible destino que está reservado á esos esforzados campeones; semejante á la suerte que le cupo á Ulises y demas conquistadores de Troya, que anduvieron largo tiempo perdidos en las inmensidades del Oceano buscando á sus queridas patrias; vereis despues á San Martin, que herido por los tiros de la calumnia se aleja de las playas Americanas, yendo á extrangero suelo á mendigar hospitalidad. El libertador de Chile, el Anibal del Nuevo Mundo, muere algunos años despues

manecen olvidados y no hay en su patria un pedazo de tierra para aquel que la fertilizó con su sangre y la libertó con su espada.

Hace poco que los argentinos hemos lavado de la frente de nuestra patria la mancha de esa ingratitud!

Otros héroes que le acompañaron en sus expediciones al través de los Andes, mueren, y sus cadáveres, los que no sirven de pasto á las fieras se pierden en tenebrosos abismos, ó descansan hoy bajo un blando sudario de perpétua nieve.

Yacen otros en nuestras despobladas Pampas, teniendo tan solo por lápida funeraria, una débil capa de tierra cubierta de una ondulante alfombra de verdura, y por única fúnebre señal, algun ombú en cuyo tronco se halla grabado su nombre.

¿Veis á ese inválido cubierto de harapos, que pide para sus hijos un pedazo de pan? ¡Vedle!!

Ese ser desgraciado á quien los hombres miran con desprecio, fué en otro tiempo jóven y hermoso, pero los soles y las heridas que sufrió en el Paraguay y cuando la expedicion de Belgrano, que maron y desfiguraron su sonrosado cutis. Algun tiempo despues marcha con San Martin á libertar á Chile teniendo que atravesar los Andes siempre cubiertos de esa interminable capa de de nieve; llegan á Maipo, se bate como un leon, hasta que una bala de cañon le lleva una pierna, cayendo abrazado á su bandera, como el mártir á la cruz. Y este soldado glorioso deja de existir algun tiempo despues y su nombre se olvida, descendiendo con él al sepulcro. Al fin aparece el sol de Mayo y sus rayos iluminan una tosca cruz de madera y un pequeño pedazo de tierra rodeado de algunas espinosas zarzas; he ahí donde descansan sus frias cenizas; he ahí el verdadero modelo de la tumba de nuestros héroes.

Pero, ¡qué importa estoll! La vida de los grandes hombres no es en este mundo. Qué importa que no reposen sus restos como los de Alarico, que fué sepultado en el álveo del Busentino. ¡Qué importa! que sus cenizas no se encierren en pomposas tumbas, si la verdadera de los grandes héroes es el corazon de sus conciudadanos!

LUCAS AYARRAGARAY.

Bs. Bs., Octubre de 1881.

EL DOS DE MAYO

Oigo, patria, tu afliccion,
Y escucho el triste concierto
Que forman tocando á muerto
La campana y el cañon.
Sobre tu invicto pendon
Miro flotantes crespones,
Y oigo alzarse á otras regiones
En estrofas funerarias,
De la iglesia las plegarias,
Y del arte las canciones.

Lloras porque te insultaron
Los que su amor te ofrecieron. . .
¡A tí, á quien siempre temieron,
Porque tu gloria admiraron:
A tí, por quien se inclinaron
Los mundos de zona á zona;
A tí, soberbia matrona,
Que libre de extraño yugo,
No has tenido mas verdugo
Que el peso de tu corona! . . .

Doquiera la mente mia
Sus alas rápidas lleva,
Allí un sepulcro se eleva,
Cantando tu valentía;
Desde la cuna bravía
Que el sol indio tornasola,
Hasta el Africa, que inmola
Sus hijos en torpe guerra,
¡No hay un puñado de tierra
Sin una tumba española! . . .

Tembló el orbe á tus legiones,
Y de la espantada esfera
Sajetaron la carrera
Las garras de tus leones;
Nadie humilló tus pendones
Ni te arrancó la victoria;
Pues de tu gigante gloria
No cabe el rayo fecundo,
Ni en los ámbitos del mundo,
Ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual
Cantan tu invicta arrogancia,
Segunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
En tu suelo virginal
No arraigan extraños fueros. . .
Porque, indómitos y fieros,
Saben hacer tus vasallos
Frenos para sus caballos,
Con los cetos extranjeros. . .

Y aun hubo en la tierra un hombre
Que osó profanar tu manto. . .

¡Espacio falta á mi canto
Para maldecir su nombre! . . .
Sin que el recuerdo me asombre,
Con ánsia abriré la historia;
Presta luz á mi memoria,
Y el mundo y la patria á coro
Oirán el himno sonoro
De tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambicion
Que en su delirio profundo,
Cantando guerra, hizo al mundo
Sepulcro de su nacion,
Hirió al ibero leon
Ansiando á España regir;
Y no llegó á percibir,
Ebrio de orgullo y poder,
Que no puede esclavo ser
Pueblo que sabe morir.

¡Guerra! clamó ante el altar
El sacerdote con ira;
¡Guerra! repitió la lira
Con indómito cantar;
¡Guerra! gritó al despertar
El pueblo que al mundo aterra;
Y cuando en hispana tierra
Pasos extraños se oyeron,
Hasta las tumbas se abrieron
Gritando: ¡Venganza y guerra!

La Virgen con patrio ardor,
Ansiosa salta del lecho;
El niño bebe en el pecho
Odio á muerte al invasor;
La madre maña su amor,
Y cuando caluado está,
Grita al hijo que se va:
«¡Pues que la patria lo quiere,
Lánzate al combate y muere,
Tu madre te vengará!». . .

Y suenan patrias cañones,
Cantando santos deberes;
Y van roncas las mujeres
Empujando los cañones:
Al pié de libres pendones
El grito de patria zumba,
Y el rudo cañon retumba,
Y el vil invasor se aterra,
Y al suelo le falta tierra
Para cubrir tanta tumba. . .

Mártires de la lealtad,
Que del honor al arrullo
Fuisteis de la patria orgullo
Y honra de la humanidad. . .
En la tumba descansad,
Que el valiente pueblo ibero
Juzga con rostro altanero,

Que hasta que España sucumba,
No pisará vuestra tumba
La planta del extranjero.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

ARCO-IRIS

De Misia Sempronía al arcoirista.

Mi buen arcoirista: Al ponerme á la
tarea, para cumplirle la promesa que le
hice, me avasalla un estupor extraño. No
sé por donde empezar ni que decirle.
Y esto se explica.—Qué me propongo?
¿Constar que los hombres son unos
brutos, y unos hipócritas, sin sentimientos
sinceros?—¿No es cierto? . . . Pero este
es un hecho que no necesita prueba de
ninguna clase, porque la evidencia no se
demuestra.

Hé aquí explicado mi estupor; mas
como en el mundo todo anda trocado,
y por lo tanto, la verdad disfrazada de
mentira y esta de verdad, me decido al
fin á disertar sobre el orangután. . . digo,
sobre el hombre.

Dice Fedro en una de sus fábulas que
los mortales desde que tienen uso de
razon, llevan dos alforjas: una delante y
otra atrás: en la que tienen delante de la
vista llevan sus propios méritos y en la
que arrastran á guisa de mochila y no
ven, los méritos ajenos.

Esto yo se lo aplico á los hombres,
pero con una enmienda de mi cosecha.

En la alforja de atrás llevan las virtu-
des de las mujeres, y en la que tienen
por delante, sus escasos méritos, que miran
con vidrio de aumento.

No hay hombre bueno.

Todos son unos botarates.

Del mas tímido de todos ellos, de aquel
que se cree que no es capaz de matar
una mosca, se saca perfectamente un
jactancioso, porque en su conducta para
con las mujeres toditos son iguales.

Nos adulan cuando estamos presentes,
para calumniarnos, no bien se alejan
algunos pasos de nosotros.

Trataré de seguirlo en toda su evolu-
cion canallesca.

Se nos presenta humilde, lleno de

cumplimientos, se contenta al principio con un apretón de manos ó una mirada... despues pide una flor, en seguida contestacion á una carta, mas tarde pelo, sigue la exigencia del retrato y en su temeraria audacia concluye por pretender un beso.

Esto no es lo peor del cuento.

Cuando ha recibido la flor, da á entender á los amigos que se cartea con la chica, cuando tiene carta dice que hay retrato y... si esto fuera todo, se le podia perdonar todavia: pero es que el hombre ha nacido calumniador y si me abandonara en esta pendiente llenaria *El Album* y todavia no concluiría de referir las mentiras groseras que los hombres propalan de nosotras.

A este respecto hay cosas muy chuscas: hasta los tipos mas inservibles cuentan sus conquistas por docenas y cuando uno de estos habla con alguna de nosotras tiembla y no sabe que decir: de esta derrota, de esta impotencia claro está que ha de tomar venganza: cuando sale, dice en el café ó en otra parte que él calló en la reunion porque las mujeres son unas ignorantes y no se les puede hablar algo que alcancen á entender.

¿Y su amor propio? ¿dónde lo dejamos? El mas tipo se cree un Adonis: si nosotras lo miramos como se mira á un mono del Parque 3 de Febrero, sonrie satisfecho creyendo que hemos admirado su elegancia: entonces se hincha, arremolina la varita, se hace el bigote ó se acomoda la corbata.

—○—

¿Y cuando están de novios?

Ah! entónces, la vanidad les sopla por cuanto poro tienen: les dá por aparecer generosos y se empeñan hasta los ojos para hacernos regalos y saciar su orgullo.

Pero ya sabemos como concluyen estas ventolinás.

Una vez casados nos agobian á sinrazones para probarnos que todo es lujo.

—○—

La mujer es poética por naturaleza. Todos los actos de su vida pueden constatar esta verdad.

Me permitiré abrir un paréntesis.

Misia Sempronia está terrible, pero no por esto quitaré una sola coma á su escrito.

Solamente haré aquí una pregunta, para dejarla continuar despues.

Dice Misia Sempronia que la mujer es poética en todos los actos de su vida.

¿Lo es tambien cuando se espulga?

No así el hombre.

Prosaico y vulgar, no tarda en mostrar la oreja.

Estudiémosle en la luna de miel.

Todo se vuelve melindres los primeros dias: toma pastillas de menta para besarnos y despues... despues, se atreve á juntar sus lábios á los nuestros con la boca llena de humo de cigarro negro.

Nos acaricia el palmito al principio y esa misma mano amiga no tarda en levantarse airada para imprimir un bofetón en nuestras frescas mejillas.

—○—

Nosotras sí que podemos decir que nuestra imaginacion nos presenta al hombre como lo que no es.

Lo vemos cuando está de novio muy bien vestido, nos parece interesante ó al menos una persona decente.

Luego nos casamos y se nos presenta en calzoncillos ajustados en las canillas y con camiseta de punto, y nosotras que creíamos habernos casado con un elegante, palpamos con dolor que nos hemos unido á un acróbata, porque no parece otra cosa.

Nos despertamos, finalmente, al otro dia y vemos á nuestro esposo con la boca abierta y roncando innoblemente.

¿Y este bicho de la humedad tiene derecho á hacer burla de nosotras?

La cosa es como para reir, verdaderamente.

—○—

Si Vd. mi buen arcoirista me replica, diré muchas otras cosas que me dejo en el tintero porque el tiempo me falta para decirlas esta vez.

¡Yo, replicar!

Dios me libre de ello.

Y para qué replicar cuando creo que Misia Sempronia tiene razon y... tambien Don Absalon.

Es el caso de repetir: jentre que gentes estamos!

Amen.

LAS ONDINAS

(IMITACION DE ALLARDI.)

Del lago azul y límpido
Las ondas cristalinas
Surcando va fantástica
Sin eco y sin rumor,
La hueste mitológica
De sílfides y ondinas
Que alientan con el céfiro,
que duermen en la flor.

Cuanto squó el espíritu
De seductor y bello,
En sus semblantes cándidos
Idealizado está:
Sus lábios son de púrpura,
De nácar es su cuello,
Y á la azucena pálida
Su seno envidia da.

Con danzas y con cánticos
Alegran su existencia
En la mansion recóndita
Que les labró el Señor:
Un coro son de vírgenes
De paz y de inocencia;
Sonrien, pero ¡ay miserás!
No saben qué es amor.

A veces un estrépito
La superficie altera
De la laguna plácida
Do bullen sin cesar:
Y al ir con ojos lánguidos
Buscando una quimera,
Ven sólo sus imágenes
Tranquilas reflejar.

De noche á los purísimos
Destellos de la luna,
Cuando el hermoso ejército
Al sueño se entregó:
Parece ver de tórtolas
Cubierta la laguna,
Y lleva el aire lágrimas
Que al paso recogió.

Así con vuelo rápido
Tu pensamiento, Elisa,
De un vértice á otro vértice
Desvanecido va:
Así navega intrépido
Tu corazón aprisa,
Por ese mar sin límites
Donde el abismo está.

¡Cuál de tu labio trémulo

El beso fuera grato!
¡Cuál de tu frente mórbida
El celestial fulgor!
Si hallando el bien estériles
Tu afán y tu arrebató,
Lograras por bien único
Saber lo que es amor.

Hoy como estatua fúnebre
Sobre el sepulcro yerta,
Ni das al dolor bálsamo
Ni estímulo al placer.
Inerte y melancólica
Parece tu alma muerta
Despojo de un autómatá
Con forma de mujer.

Vendrán las horas tétricas
De angustia y de quebranto,
Caerán los rotos ídolos
Del carcomido altar:
De tu semblante célico
Se borrará el encanto,
Y ¡ay, si te falta el último
Consuelo,—el de llorar!

MANUEL DEL PALACIO.

FRAGMENTO

Cliton nunca tuvo en su vida más que dos ocupaciones.

Comer por la mañana y cenar por la noche.

Parece que no nació más que para decir.

Tampoco tuvo más que una diversion,— la de explicar los platos que se sirvieron en la última comida en que se halló; cuántos y cuales potages hubo; hablar luego de los asados y de los intermedios; acuérdate exactamente de los platos que hubo después del primer servicio; no olvida las menestras, las frutas y todos los platos; de razon de todos los vinos y licores que bebió; posee el lenguaje de las cocinas en cuanto puede entenderlo; y me hace venir ganas de comer en una buena mesa, en la que él no se halle: tiene sobre todo un paladar seguro y que nunca se equivoca, y jamás se ha hallado espuesto al horrible inconveniente de probar un mal guisado ni un vino mediano.

Es un personaje ilustre en su especie y que ha llevado hasta donde cabe el talento de nutrirse; no volverá á haber otro que coma tanto y tan bien; es por lo mismo el árbitro de los buenos bocados, y casi no se

puede manifestar pasión para aquello que él no prueba.

Más Cliton ya no existe; se hizo conducir á la mesa hasta su último suspiro; dió de comer el día de su muerte; comía en cualquier parte donde se hallase; y si resucitara, sería para comer!

LA BRUYERE.

A CAMPO-ARANA

Crear, para sufrir el desengaño;
Soñar, para llorar cuando despierto,
Buscar la dicha cual remoto puerto,
Que nunca abordo, por destino extraño.

Sembrar el bien y cosechar el daño,
Dejar lo fijo por seguir lo incierto;
Ver siempre cerca y á mis piés abierto
El ancho abismo de amoroso engaño;
Batallar con mi suerte rencorosa,
Ocultar del dolor la eterna herida,
Sentir el arte y respirar la prosa
Y ver mi triste juventud perdida,
Tal es, en suma, mi existencia hermosa;
¡Y á esto llaman vivir... y esta es la vida!

EUSEBIO BLASCO.

CRÓNICA DE LA SEMANA

CARTA

La carta que publicamos en seguida, dirigida á nuestro Director, encierra, á mas de la promesa de una nueva y valiosa colaboracion, la honrosa opinion de la distinguida escritora Ednarda M. de Garcia, respecto del mérito y popularidad de este semanario.

Dice así:

Sr. Dn. Gervasio Mendez.

Poeta querido:

Hé ahí unas fragantes hojas arrancadas al árbol primaveral de los ensueños poéticos, bajo cuyas ramas de verde frondosidad se cobija un corazón anante, que envuelto en los perfumados vapores de la ilusión mas sublime, se ajita convulsivo al beso de las primeras esperanzas.

Son para su *Album*, para su bello periódico, que según la expresión de nuestra galana escritora *Eduarda*, es el único que lleva con justicia el nombre que Vd. le ha dado: *Album del Hogar*.

Hablando últimamente al respecto con motivo de la publicación de su blando y tocante cuento *Beppa*, decia esta notable cuentista que con tan halagadores auspicios empieza á manejar el drama: nunca

me lo habia imaginado;—publicado mi *Beppa* en la revista de Mendez ha sido muy conocido por las familias, ha penetrado en el seno de los niños, para quienes lo escribí;—muchos de rubia cabellera como el lindo americanito que llenaba las manos del *Gino* de mi invento, con almendras y naranjas, me han preguntado: ¿Y *Beppa*? ¿Quién es *Beppa*? ¿Dónde está *Beppa*?....

«Es el verdadero periódico del hogar.»

Y no se equivocaba la genti! *Eduarda*; su cuento deja en el tierno corazóncito del pequeño lector, como en toda alma que sabe apreciar la belleza en cualquiera de sus manifestaciones, un vacío á llenar con un ser querido que nos detiene con la mágica atracción del cariño.

Por eso es que confío á su acogida en las primeras hojas caídas del árbol rebosante de savia, en plena primavera, antes que el tibio otoño las haya ajado con su soplo.

Espritu verdaderamente poético y por lo tanto muy impresionable, su autor, bebe dulce inspiración en las mudas contemplaciones de la naturaleza.

Toca su corazón el canto de las juguetonas golondrinas, y las leves mariposas, que según su propio decir, se balancean como arrancados pétalos de flores, abren á su rica imaginación un caudal valioso de variada fantasía que sabe aplicarla con belleza y oportunidad al estado de su alma.

Su modestia hace que persista en conservarse incógnito, reservándonos su nombre tras el lindo seudónimo que ha elegido.

Cuando leo estos tiernos artículos tan sencillos como espontáneamente volcados al papel con la expresión ingénuá del mas florido lenguaje, me quedo deleitado como cuando escucho de los labios de una mujer de corazón la lectura de algun trozo de Lamartine.

Guarde el nombre del autor, si lo colige, y espere artículos por el estilo para todos los números de su *Album*.

Después serán ellos publicados en un elegante folleto.

Lo saluda afectuosamente su amigo

Alejandro V. Murguiondo.

Octubre 3 de 1881.

INSOMNIO

Tarde para publicarlo en este número, hemos recibido un interesante artículo titulado *insomnio*.

Irá en el siguiente.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 13 DE 1881.

FACUNDO HEREDIA

Novela original de Josefina P. de Sagasta.

CAPITULO I

La estancia.

Era una de esas noches tormentosas cuyo panorama es aterrador en la soledad del campo. Una ráfaga constante de viento tibio, por la fuerza de tormenta que rugía, silbaba entre los cardos inmensos, y desgranaba en millares sus *alcachofas*, por las llanuras desiertas.

Se oía el valido de las majadas que cruzaban llevadas á prisa por el pastor. Y entre el rugido del huracan se escuchaba, medio perdido, el grito del *viajero* (1) que con su eco *plañidero*, juntaba la hacienda dispersa en torno del *rodeo*.

Algun potrero extraviado, bajaba las *cañadas* á carrera tendida, subiendo á lo alto de las cuchillas, con los hijares jadeantes, estremecido bajo el espanto de la electricidad, veíasele revolverse espantado pero hermoso, con la hermosura salvaje del bello tipo americano y luego emprender mas á prisa el vértigo de su carrera, haciendo estremecer la tierra con la fuerza de su casco y la explosion de su relincho.

Todos esos ruidos naturales del campo, que solo se perciben en las soledades, se mezclaban al fragor de la tormenta haciendo mas grande el espectáculo.

La perdiz llevada por el giro del viento, abandonaba su nido y se alejaba con su *silbo* especial—se oía el grito del toro de los bañados que es para el hijo del campo el barómetro seguro en las tormentas, y el puto salvaje graznando en la oscuridad de las nubes, revolvia sus alas sin asentar en la yerba.

Pero sobre todos aquellos écos, se alzaba otro, potente como la misma tempestad, que cruzaba el llano y estremecía la tierra, era el grito del toro, esa voz aguda que comienza á la hora en que comienza á invadir la sombra, voz enamorada, con que llama la compañera extraviada al rodeo y que ésta responde con un balido tierno acariciando la cria.

Muchas veces, ese grito poderoso que parece rodar en la llanura, sonoro y lleno de sentimiento, ha detenido nuestro paso en la soledad, creyendo percibir, en aquel eco poderoso, acordes de infinita macedumbre y ternura, envueltas en la mas salvaje de las voces.

El primer grito del *Cinuelo* (1) es siempre potente, parece un bramido, despues se hace *plañidero*, se asemeja á un lamento—se queja, llora, suplica en la última aspiracion que lanza, afinando el grito, hasta parecer una nota; es entonces cuando ese bello animal en toda la salvaje hermosura de su raza clava el cuerno en el suelo, escarba la tierra con el vaso delantero, se revuelve en estraña inquietud, un *bulido* sordo y prolongado sale de su boca, camina grave, con un paso que parece al versele apartar del rodeo, con la cabeza caída y llena de ese movimiento amenazador y reposado que imprime el *tostuz* (2) al *cuello* del toro, que vá á atravesar con el arco de sus cuernos, el corazon de la compañera infiel.

Ante el bosquejo de este hermoso cuadro hemos olvidado nuestra intencion primera del relato. Perdun lector,—continuamos:

Un carruaje de viaje cruzaba el campo aquella noche y bajo tan espantosa tormenta.

Iban en él, cuatro personas, un caba-

(1) Animales mañosos que llevan el cencerro, en los rodeos.

(2) Arrugas de cuero y gordura, que eria el animal vacuno sobre el cogote y que lo diferencian de los otros animales,

llero de respetable aspecto á quien llamaremos Don Máximo Quintanilla, dos niñas y un jóven.

Don Máximo detuvo sus caballos.

—No hay rumbo fijo, dijo, el campo está lleno de agua y es materialmente imposible marchar bajo este diluvio.

—Si fuera posible llegar á la estancia, dijo una de las jóvenes.

—Hija mia, la estancia está muy lejos, y, á mas, en vez de acercarnos á Santa Maria, nos aproximamos á Arrecifes. (1)

—Dios mio! exclamó la jóven; y estamos muy cerca?

—No hay que temblar, no es cosa de caer en ese endiablado *cajon*, estamos á veinte cuadras, solo vamos á detenernos hasta que aclare y entonces aun que la tormenta siga, marcharemos con la madrugada.

—De modo, objetó el jóven *pueblero*, que tendremos que pasar aquí la noche?...

—Ni mas ni menos amigo mio, hasta que aclare.

Un peon á gran galope detuvo su caballo á dos pasos del carruaje.

—Señor, dijo, la tropilla asustada se nos ha ido.

—Como ha de ser, contestó Don Máximo, armandose de una paciencia que estaba léjos de sentir, y luego agregó, dirigiéndose á su peon: y crees tú que se pierda?

—No señor, son todos animales *aque-renciados*—al amanecer han de *caer* á la estancia.

—Bueno, dijo don Máximo sonriendo ante la observacion lógica del paisano, bájate, vamos á desprender los tiros y desatar el carruaje.

Nicanor, que era este el nombre del jóven que acompañaba á Quintanilla, profundamente contrariado escuchaba el diálogo entre el patron y el peon, con muestras del mayor desagrado.

—Pues señor, dijo haciendo un gesto

(1) Rio angosto, sumamente peligroso por sus corrientes extraordinarias y situado al norte en la campaña de Buenos

de contrariedad, no podremos marchar...

—No hay mas que conformarse amigo, dijo Don Máximo en tanto que ayudado por sus peones y algunos otros que se habian aproximado, desprendia los tiros y cerraba los vidrios del carruaje, envuelto en grandes torbellinos de agua: el viento arrojaba y la luz de los relámpagos se sucedia rápidamente seguida del trueno.

(Continuará.)

San Martín, Noviembre de 1881.

SOMBRAS

(Continuacion.)

SABADO

—Cómo almorzando todavia y nosotras ya hemos oido misa y hemos estado en el mercado.

—Si, almorzando, mamá; pero ya vds. lo ven, me despacho y me largo al ministerio.

—Pobre mi hijo! Esclama la enjuta matrona mirando compasiva á su vástago que no parece sufrir en lo mas mínimo y fijando una mirada inquisitorial en su nuera que come con apetito un par de huevos fritos.

—Que tragona.—Esclama riendo la cuñadita, no te aprovecha, estás con cara de naranja chupada y Julian aunque no ha hecho sino sorber un huevo sin pau, parece una canelia, propósito hijita, vieses que ramo tan divino ha comprado Pepa en el mercado para el baile de esta noche. Es una delicia!

—Cual Pepa? Estas palabras las pronuncia Malvina con voz temblorosa.

—Pero cual Pepa, zonza, Pepa L... ya te has olvidado, á fé que buenas rabias te ha costado.

—Y con toda justicia, esclama la suegra, pues Pepa es una jóven muy seria y religiosa, que nunca hizo caso de Julian, aunque él se bebía los vientos por ella.

—Ya lo creol dice caritativamente Rosa la cuñadita, que es un boton agostado antes de abrir, cuyo semblante y carácter desmienten sin cesar el gracioso nombre que le dió su madrina.

—¿Que dijo Pepa, que anoche habia visto á Julian en Colon muy buen mozo y

que en la cazuela todas decian, como se habrá quedado Malvina de celosa?

—Que ocurrencia, balbuceó la taimada tratando de sonreír.

—Nada tiene de particular objetó la suegra—es notorio que tienes al pobre mi hijo como una victima y que para salir con un amigo tiene que pasar por duras penas.

—Yo, señora, le aseguro respondió Malvina, que aunque lo quiero mucho, con toda mi alma, y al decir tal su semblante se coloreaba suavemente,—por verle contento y alegre haria cualquier sacrificio y...

—Eso es, exclamó Rosa, y pondrias cara de entierro y le quitarias á él la gana de divertirse. Y esta noche?... Pepa le mandó la tarjeta, ella misma la escribió de su letra.

—Ah! suspiró Malvina. Como que es de las que ayudan al ornato; agregó la suegra y en todo está; y las damas de la comision para todo la consultan; tiene un gusto! Oh, si de mi hubiera dependido...

—Ah! mama, no digas, exclamó, Rosa, vea que Malvina se pone verde. En efecto, la jóven sintió que algo de opresivo parecia impedir su respiracion y por algunos instantes cerró los ojos y quedó como letargada.

—No lo tomes á lo serio, dijo la suegra dilatando su boca desportillada, Pepa es hija de una amiga de la escuela, y vos, aunque buena niña, no lo niego, sos... y como vacilara, la cuñadita agregó: Sos del otro lado del charco.

Malvina es oriental, gran pecado.

—Hasta luego hijita; nos vamos á las tiendas y á eso de las cinco, vendremos á comer; se me ha salido la cocinera y si no incomodamos?... la suegra frunció el ceño cual otro Júpiter tonante y esperó!

—Señora, vds. no incomodan nunca, bien lo saben.

—Si, pero nó, agregó Rosa, estés con cara de entierro. Y con tal flecha se retiraron madre é hija riendo y criticando.

Suspiró Malvina dolorosamente y esta sombra cruzó por aquel corazon amante. Vienen á comer; á que horas podré hablar con mi Julian!

—Pero no hay tiempo que perder Juana, Juana, llame á la cocinera.

—Ha salido—responde Juana de adentro.

—Cuando volverá?... Siempre de adentro.

—No ha dicho.

—Jesus me valga! y si no vuelvel...

Llega Juana bajándose las mangas.—No se aflija señora, dijo que iba á lo del médico, tiene la hija enferma.

—Pobre mujer, esclama la sensible niña, con la hija enferma viene á cocinar.

—Oh! los pobres señora, no tenemos tiempo para esas cosas.

—Tienes razon Juana, y una lágrima brilló en aquellos lindos ojos pardos.

—Que quiere que haga yo señora? Ya he oido que vienen á comer; si la cocinera no está acá, á la una yo le cocinaré; ya verá que perdistes!

—Que suerte, Juana! Pero y las perdistes?

—Ah se compran.

—Pero y plata? Ayer te di para el mercado y como Julian no está!...

—Deje no mas, señora, yo tengo, y por diez pescos nadie se muere.

—Ay! Pero yo no los tengo... hablaré á Julian.

Una noche de cualquier modo se pasa, dice el adagio y con mayor razon, puede el dicho aplicarse al dia.

Cuando el sol brilla, canta el canario, y las manos pueden ocuparse en alguna labor grata, parece que las horas vuelan. Tal pensó Malvina, cuando de nuevo vió llegar á sus amables parientas que entraron unidas alabando sus colores y el buen gusto del bordado.

Todo gracias al cielo estuvo pronto á la hora oportuna y Julian tuvo la dicha de abrazar á su amada preada sin oír mas criticas que estas: Vamos, que esas son cosas de novios y los casados no tienen para que estarse besuqueando como palomas.

—Está la comida. Santa palabra!

Y la suegra se lanza al comedor seguida de los espositos á quienes Rosa hace sentir sus espinas repitiéndoles:

—Nada de besos y á la mesa.

Malvina feliz y linda como una flor, hace los honores de su mesa con indecible encanto; todos estau contentos y comen con apetito; solo la cocinera esclama, al ver las fuentes de regreso:—Vaya un comer!

—Que sacar el reloj, observa Rosa—ya Malvina lo ha notado, sin atreverse á temer. El corazon necesita á veces enganarse voluntariamente.

—Es que hay cámara de Diputados y el Ministro me ha recomendado no falte. —¡Ah, el Sr. Ministro, dice la madre orgullosa mirando á su hijo embelesada.

Si, responde Julian, huyendo las miradas

de la pobre Malvina que hace sobrehumanos esfuerzos para no llorar; pero en vano.

—Jesus que cara, dice Rosa riendo sin piedad.

—Pero mi vida!... Julian se acerca á su amada y Malvina solloza con violencia.

—Esto si que es para cansar á un santo, repite la madre. Y Rosa agrega. Quiere tenerlo á la pretina. Julian acaricia en voz baja á Malvina y le promete venir temprano á... vestirse. Malvina reprime sus lágrimas como puede, y sale del comedor en compañía de su maridito.

Divertirse repiten en coro madre é hija y se preparan para marcharse también.

Haciendo un violento estuerzo se arranca Julian de los brazos que lo encadenan y su despedida es:

—Van á verte llorar y que diran, que nos hemos peleado....

Malvina permanece en la puerta de calle siguiendo con la vista, con el alma, á su maridito, que los faroles de gas recién encendidos le permiten ver hasta muy lejos.

—Ven á pasear con nosotras zonzal

—No, me duele la cabeza.

—Buen provecho.

—Buenas noches.—Buenas noches!

Sombras y sombras....

La pobre niña se siente muy enferma, corre á su cuarto y Juana que oye un ruido insólito viene á socorrerla.

—No será nada, señora, la comida no le ha sentado bien, le haré una tacita de manzanilla y así, acostada y bien suelto el corsé, talvez le pasará.

Cuando llega Juana con la manzanilla duerna tranquila Malvina y la buena sirvienta la contempla con marcada admiración.

—Que bonita es, dice; pero... Juana no es dichosa; y sin mas reflexiones, corre á comer y á hacer su servicio.

El sueño es la panacea para los males del cuerpo y aun suele calmar los del espíritu. Despertó contenta y sana la esposa; su primer pensamiento naturalmente fué Julian.

No la abruma pensamiento celoso y por el contrario, piensa con cierta vanidad, que su maridito está desempeñando una misión importante, por lo menos ella tal la cree; y en la vida eso es casi siempre lo esencial. Arregla sus cabellos con cierta coquetería, se mira detenidamente al espejo y aun se cambia el cuello la coqueta. Enseñada toma su bordado, que es una barita muy pequeñita y suspirando dulcemente piensa que algun día

esas manguitas cubrirán dos bracitos sonrosados. El pensamiento de una mujer al penetrar en esas regiones se eterniza en un eden florido: nada puede rivalizar con la virginidad de sus sueños maternos. Terminaba Malvina su batita despues de haber trabajado sin levantar cabeza durante tres horas cuando oyó un ronquido destemplado que pareció romper la magia de sus pensamientos.

—Es Juana que se ha dormido, ¡pobre muchacha!

Pero que hora es?

El reloj del cabildo daba horas en ese momento—Las once. Imposible Corre Malvina á la sala, allí verá si han cerrado enfrente; pero en ese instante llega Julian y el tiempo no tiene ya para ella valor apreciable.

—Que barullo, mi hijita. Es una derrota completa! Que caras las de algunos tipos!

EDUARDA.

(Continuará.)

¡PRIMAVERA!

Bello es el día: el sol esplendoroso

Brilla entre mares de radiante luz;

¡Qué calma tan celeste en el espacio,

Qué cielo tan azul!

Oigo un ave que trina alegremente

Con armoniosa voz,

Murmura el aura entre las verdes hojas,

Brinda aromas la flor.

Zumba el insecto entre el florido césped,

Llena está de armonías la creación;

Hay un grato concierto en cada bosque

De músicas de amor!

Todo dice este día: ¡Primavera!

Flor, ave, cielo azul;

Y parece de Dios una sonrisa

Cada efluvio de luz!

CELESTINA FUNES.

Rosario, Noviembre de 1881.

WAGNER

Traducido por Araxa.

Esprezamente para EL ALBUM DEL HOGAR.

No impunemente los músicos hablan

música. Nada es para ellos tan difícil y tan peligroso. Sus nervios estremadamente delicados se irritan con poca cosa. No se puede uno imaginar cuanto gozo tienen de herir á Pedro Pablo, ... á Santiago.

¡Cuantas veces he visto yo á Adolfo Adam, que en 1854 hacia la crítica musical en la *Asamblea Nacional*, evadirse, acosado de expedientes, para evitar herir á sus cófrades!

•Ved donde estamos! me dijo un día. Ayer doy cuenta de una ópera-cómica; colmo de elogios al autor, y termino mi artículo con estas palabras: «Es casi una obra maestra.» Esta mañana me escribe: «Vuestro artículo está perfecto. No hay sino una palabra demas.»

•Vos creis que era la palabra «obra maestra?»

•Si, por ciertol

•Era la palabra *casil*!

Yo me guardaré bien de criticar en lo mas mínimo á nuestros jóvenes maestros. Algunos tienen verdadero talento. Cuantos tendrian mas aun si tuvieran confianza en sus propias álas! Todos están paralizados por esta cabeza de Medusa que les sirve de objetivo: la de Ricardo Wagner.

Toman por jefe de escuela esta individualidad poderosa. Los procedimientos nacidos en él, morirán con él.

El no procede de nadie; nadie vivirá de él. Ejemplo maravilloso de generación espontánea: Ricardo Wagner, inscrito en el estado civil del monte Parnaso «padre y madre desconocidos,» no tendrá descendencia. Es una aurora boreal que se ha tomado por el sol.

Este innovador está formado de un limo absolutamente clásico. Conoce á fondo los antiguos y fecundos maestros: los Haendel, los Bach, y sobre todo á Gluck. Lo felicito por ello.

Sin tomarles nada se ha impregnado de ellos. Podemos decir que Wagner y sus adeptos representan «la música del porvenir.» En que término colocais este porvenir?

Ya veis que en treinta y cinco años *Tanhæuser* y el *Lohengrin* han obtenido su legitimo éxito.

Donde está, pues, su projenitura? ¿Que enjendraron?

Si Wagner fuera un jefe de escuela, ésta estaria en pleno esplendor.

Veo á muchos compositores á quienes á turbado; pero á ninguno á quien haya inspirado.

No, Wagner, no es un jefe de escuela. Desde años atrás se ha representado en las principales escenas de Alemania, tituladas óperas «á lo Wagner.» Preguntad al público cuales son los títulos de esas óperas, cuales los nombres de sus compositores.

Se han ejecutado en Munich, en Berliu; en Viena algunas óperas de Wagner, no las que he mencionado en primera línea. Cada tentativa se ha hecho al sonido del bombo. El triunfo ha precedido la obra; y no la ha seguido.

Don Juan ha sido, también, friamente acogido cuando se representó por primera vez en Viena. El emperador José II dijo á Mozart: «Vuestra ópera es sublime, pero no es pasto que conviene á los dientes de los vieneses.»

—«Demostres tiempo para que mastiquen, Sire», respondió el inmortal maestro.

Un mes después, *Don Juan* fué aclamado.

Mucho dudo que el público tenga jamás los dientes bastante sólidos para masticar las obras volcadas por la pluma de Wagner, de unos veinte años á esta parte.

Rossini tenía verdadero culto por Mozart.

—«Maestro, le preguntaban un día, que pensais de Beethoven?»

—«Es el primero de todos los músicos.

—«Y Mozart?»

—«Es único.

No me atrevo á pensar que lugar hubiera dado Rossini á Wagner; sin duda, el que Wagner da á Rossini.

Anber cumplimentaba un día á un músico (que tengo mis razones para no nombrar), sobre sus triunfos y su gran facilidad. «Que queréis, le respondió el compositor; estoy obligado á pagar al contado. No tengo derecho de exigir al público tres meses de tiempo.»

La nueva escuela afecta un gran desden por los compositores franceses, por todos los maestros cantores, los melodistas de todos los países que pagan su popularidad al contado. Esto es hacer el proceso de *Don Juan*, de *Freysschütz*, de *Pré aux Clercs*, de la *Juive*, de la *Dame Blanche*, de la *Muelle*, de los *Hugonotes*, de *Guillermo Tell*, etc. . . . Esto es condenar las adorables sinfonías de Haydn, de Mendelssohn, las sinfonías sublimes de Beethoven, en las cuales la melodía desborda.

Ya que lo aseguran es posible que todos estos grandes maestros no sean «los músicos del porvenir.»

La verdad es que desde mas de sesenta

años esos efímeros se mantienen arriba, siempre aclamados, mas grandes que nunca, gracias á los contrastes, gracias sobre todo á ese fuego divino en que Prometeo se quemó los dedos, y que se llama simplemente: el génio.

J. OFFENBACH.

PAGINAS INTIMAS

Si pudiera al recuerdo
Decir también adiós!

Lord Byron.

Oh! tú, que has llenado de amargura mi existencia, escucha el grito dolorido de mi alma.

Cuanto te amé tú eras el ideal que allá en mis delirios de niña soñadora me forjara. El reflejo sombrío de tu pupila de fuego, encadenaba mi vida á tu vida. No sé que extraña simpatía me arrastraba á tí.

Tenia miedo á los vértigos del corazón, y me refugiaba estremeccida en el santuario de mis creencias.

Todo era en vano!

Tú imagen divina, se alzaba radiante en el fondo de mi alma, oía tu voz, tu voz que volcaba á mi oído toda la ternura de tu corazón de poeta.

Oh! tú no sabes la lucha que sostuve conmigo mismal tú no sabes las lágrimas que vertí cuando al recibir tu carta lei este pensamiento de Charttento: *Desespera y muere*, que tu quizá tan desgraciado como yo, me recordabas. Porqué nos conocimos? —¿Porqué nos amamos con delirio si un abismo nos separaba?

Desde esa noche fatal no te he vuelto á ver mas.

Resignada y valiente atravieso el árido desierto de la vida con la sonrisa en los labios y sangrando el corazón.

Que importa que sufra, si tu imagen aun vierte raudales de luz dentro de mi alma desolada?

Te amó! es el grito salvaje del alma herida. *Te amó!* es la plegaria sollozante del corazón moribundo, que lucha por sobreponerse á su infortunio.

La fatalidad nos separó, mañana talvez esa misma fatalidad, nos acerque. . .

Yo entretanto beso el ramito de violetas

que tu mano temblorosa colocó en mis cabellos.

Es el único recuerdo que lo queda, al triste corazón.

C. D.

Noviembre de 1881.

SARA M.

«Lo vista la divina fanciula.»
Toscolo.

La ví en esa era misteriosa en que la frescura se expande sobre la tierra impregnada en la fragancia delicada de las flores; ora en que la sombra avasalla á la luz y se establece la calma entre los mortales; en que cesa la actividad aparente y empieza la actividad invisible de los espíritus que se buscan y se atraen en virtud de fueros desconocidos.

En esa hora sin luz semejaba una estrella; y como las estrellas, su blanca veste irradiaba mi fulgor divino.

Semejaba el ideal soñado por la espléndida fantasía del artista griego; la perfección escultural de sus facciones traslucía la pureza angelical de Beatriz y la morbidez aterciopelada de Haydee. Era en un tiempo mismo, una joya y una flor, el cielo y la tierra.

Oh! si la indocilidad de la palabra humana no se opusiera, yo hablaria del acento armonioso de su voz que vibra aun en mi espíritu como las notas de un coro de arcángeles celestes; diria que dulce es la contemplación de su rostro candoroso, velado aun por el prestigio indefinible de la inocencia; recordaria la mirada intensa y dulce de sus ojos soñadores, de sus hermosos ojos que brillan con el fulgor de una pasión naciente.

Sí, yo le he visto,—he visto la aurora del amor despertar sonriente en los ojos negros de Sara, de la divina Sara cuyo nombre es desde que la ví, la religión divina de un corazón que la suerte habia convertido en sepulcro de ilusiones.

Las gracias hun precidido sin duda el nacimiento de Sara y modelado sus perfecciones celestes, yo lo sé y por eso no extraño haber encontrado en la tierra un ser cuyos encantos solo puede soñar la fantasía inspirada de un artista.

Desde que la ví, tengo su recuerdo grabado en la fantasía con caracteres de

pasion: y á veces, para disipar la influencia de la indiferencia que los desencantos de la vida dejan en el alma, evoco ese recuerdo que surge de mi alma, como la Vénus de la tradicion salia del fondo del lago encantado; mi fantasia soñadora envuelve su imágen en ondas de luz, y la trasporta en su vuelo, á las regiones misteriosas del jardin de Armida, donde los Dioses del sentimiento entonan dulces cánticos al amor.

Espero volverla á ver, sí; y entonces quizá pueda hablar de Sara como de Beatriz habló Dante, como hablaria ya si fuera un artista.

Ignoro si es amor el que ha vinculado mi pasion á su imágen cuyo esplendor ilumina ya el porvenir de una vida que agobiada bajo el peso de un pesimismo intenso, empezaba á languidecer tristemente.

Mas, bien puede hoy el destino esparcir tempestades á mi paso, que en la esperanza tendré el esquiife salvador donde ocultar á sus destrozos, estrechamente enlazados, mi pasion y su recuerdo!

Sara. . . . adios!

AQUEL.

Octubre de 1881.

INSOMNIO

(FRAGMENTO)

Hoy ha sido el dia de ánimas: las campanas han doblado con lúgubre acento llamando á la oración por los que no existen, y su dolorosa vibracion ha resonado tan profundamente en mi ser estremecido, que por momentos me parecia que iba á estallar mi corazon hecho pedazos.

Plegarias y lágrimas, risas profanas y palabras impías, indiferencia y dolor, recuerdo y olvido, todo en extraña confusion se ha mezclado hoy en el callado recinto de la muerte, produciendo en tristísimo contraste la eterna agitacion de la vida con el eterno silencio de la tumba.

Pero todo se ha estinguido ya: cuando ha caido la tarde y las sombras precursoras de la noche han avanzado envolviendo en su fúnebre crespon esta mansion del solemne descanso, el bullicio ha ido alejándose gradualmente y ahora llega hasta aqui apenas como un vago y confuso murmullo el ruido del mundo exterior.

Solos han vuelto á quedar los muertos, solos con las flores que ornaron sus sepulcros este dia; las luces que los alumbraron se han apagado tambien, y la luna clara y pálida, verdadera lámpara de las tumbas, ha asomado en el azul purisimo del cielo y filtrandose suavemente sus rayos á través del follaje sombrío de los ciprés, viene á iluminar cariñosa y triste en esta noche memorable el réjio mausoleo y el osario, la bóveda de mármol y la humilde sepultura de la tierra.

Ha llegado la hora de los coloquios secretos, de las confidencias intimas de las almas con las almas: la hora en que los muertos conversan con los vivos! . . Ven, E. ven, levántate de esa postracion en que hace tanto te veo sumerjido, de ese letargo profundo que ha tenido poder para deshacer todas las ilusiones de mi vida, y amargar para siempre los dias de mi juventud!

Ay! cuantas veces desde la hora tremenda en que caiste en esa noche sin fin, me he acercado al borde de tu sepulcro y con toda la inmensa desesperacion del alma, te he llamado . . . y sólo el éco desgarrador de las tumbas ha repetido tu dulcísimo nombre: E . . . cuantas veces tambien, cuando he venido á traerte esas violetas tan amadas por tí, he pedido, suplicando les, á las avecitas que trinaban entre el ramaje de los árboles, á la luz del sol, que iluminaba el dia, á la brisa que pasaba suspirando entre los sepulcros, á las flores que jermínaban al pié de las cruces solitarias, que me dijeran donde estaba tu alma, y aves y rayos ondas y flores continuaron impasibles sin comprender mi angustia, y yo volvi á mi hogar mas desolada todavia porque no hallandote en el mundo habia venido á buscarte aquí, y aquí solo encontraba un féretro cubierto de albisimas coronas . . .

Ah! cuanto he llorado tu cruel ausencia; pero ahora estoy junto á ti y no habrá fuerza en la tierra capaz de separar en este instante tu espíritu del mio: envueltos en el aroma embriagador de las azucenas, alumbrados por esa claridad suave y triste de la luna, hermana de nuestras penas, y rodeados por el religioso misterio de esta hora y de este sitio, reclinemonos sobre el borde de la tumba y hablemos del pasado . . .

Sufres mucho ¿no es verdad? tienes el semblante pálido, el alma oprimida: ven y reclina tu frente dolorida sobre mi corazon palpitante; yo acariciaré los rizos de tus sienes para alejar las sombras que

te abruman, yo con mis besos secaré tus lágrimas y buscaré la nota mas vibrante de la sublime inspiracion cristiana, para derramarla en tu oido con toda su celeste armonia; te hablaré de tu amada madre y de todos los que amaste en la tierra y arrullaré con mi ternura el éxtasis silencioso de tus recuerdos . . .

Oh! si, anaparémonos á la sombra benéfica de la cruz, emblema sacrosanto de la redencion del hombre, áncora salvadora, en las grandes tribulaciones del espíritu; bálsamo y consolacion para toda esperanza perdida sobre el mundo!

Ven, E.—ven, arrodillados al pié del simbolo de la eterna fe, elevemos nuestras almas al Señor, envueltas en el perfume de la primera oracion que aprendimos en el dulce hogar paterno, y él quizá al vernos jóvenes y creyentes, rogarle con fervor, se apiade de nosotros y nos dé, á mi, valor para soportar tu ausencia hasta que brille la aurora del dia inmortal, y á tí, una gota de rocío para el cáliz de tu espíritu, pálido lirio caido, agostado, en el combate de la vida!

ADA.

Noviembre 2 de 1881.

NOCTURNO

¡Luz á mi pensamiento!
Klopstock.

I

¡Oh! . . tú duermes tranquila, mientras vela
Con el afán de su dolor profundo:—

Callada centinela,
Mi alma huérfana y triste sobre el mundo!

II.

¡Oh! tú duermes! . . tú duermes, niña hermosa
Como un ángel del cielo! . . tu pupila
Brillante y silenciosa,
Es la estrella lejana que rutila! . . .

III

Es la estrella lejana, que en la noche
Besu mi frente con su túbio rayo:
Flor de gigante broche
Que abre en el firmamento con desmayo! . .

IV

El mar, el mar enorme, hincha su seno

Temblando, del bajel, bajo la quilla,
Magnífico y sereno

Cuando arroja sus olas á la orilla! . .

V

El bosque secular, mudo y sombrío,
Vela sus formas entre pardas brumas,
Y en el cendal del río,
Ruedan alborotadas las espumas! . .

VI

Las brisas soñolientas; los rumores,
Los estraños rumores, todo canta
Lo mismo que las flores:
Todo! todo, se anima y se levanta! . .

VII

Y todo también gime; todo llora:
La luz, el mar, el cielo, la pradera,
Al despertar la aurora,
Hermana de la dulce primavera! . .

VIII

Tú puedes desafiar bajo la losa,
A los cálidos vientos de la vida;
Incienso mariposa,
En el capullo del amor dormidal . .

IX

Y nosotros ¡cobardes! . . inclinamos
La frente, á los dolores de un momento,
Y al corazón rasgamos
Con el mismo puñal que al pensamiento!

X

Y tú . . duerme! si, duerme! mientras vela
Con el afán de su dolor profundo,
Callada centinela,
Mi alma huérfana y triste sobre el mundo! . .

LEOPOLDO DIAZ.

Noviembre de 1891.

EN LA CORDILLERA

(DE VALPARAISO A BUENOS AIRES)

En mi calidad *inalienable* de porteño, ayuno de granito y de basalto, huérfano de mesetas, de morros y promontorios, sin conocer otros *montes* que los de durazno, ¡cuánto no ansiaba por acercarme á ese liudero del occidente argentino divinizado en los cantos guerreros con que me habia arrullado en la cuna! ¡Que ausia tenia por poner mi pié donde le estamparon los valientes de San Martín y los leones de Ne-cocheu!

Un día 6 de Mayo de un año de que no quiero acordarme, esos Andes tan deseados se presentaron á mi vista. Sus cumbres celestes, como nuestra bandera, en la mañana, y al ponerse el sol, rosadas como la inocencia y la juventud, fueron para mí verdaderos iris de bonanza despues de cuarenta días de *capa* y tempestades en ese *cabo*, acabador de toda paciencia, que se llama de Hornos. . . .

En todo esto cavilaba, mi querido amigo, en tanto que la luna de la noche del 31 de Marzo brillaba sobre mi cabeza peregrinando por el cielo trasparente de la provincia de Aconcagua. Aquella luna era verdaderamente para mí, luna de Valencia, porque estaba acostado sobre mis ponchos de viaje en el pátio de la casa de mi *arriero*, á quien me habia entregado con la docilidad de un fardo para que me trasportase á Mendoza.

Una mula con el equipaje y provisiones, dos de remuda, el guia tras de ellas, y yo cabalgando en silla inglesa á retaguardia, íbamos en procesion por una senda angosta á las cuatro de la mañana siguiente. La luna no alumbraba; las estrellas tímidas todavia ante la reina eclipsada, no alumbraban tampoco; y yo solo contaba para mi salvacion con el instinto de mi cuadrúpedo y del bípedo delantero. No sabia si caminaba para adelante ó para atrás; y por salir de una ofuscacion muy frecuente en semejantes situaciones, llevaba la mano á la cabeza del caballo porque me parecia que el animal estaba al revés. «Las tinieblas estaban sobre la haz del abismo,» como en el primer capítulo del Génesis. Poco á poco comenzó á fosforescer la columna de vapor tibio de la respiracion de las bestias; el aire tomó el oriente de las perlas; la inevitable compañera de todo cuerpo, comenzó á marcarse en el suelo; hasta que al fin, el dedo de Dios «separó la luz de las tinieblas,» que huyeron. ¡Qué sitios tan bellos habia robado la noche á mi contemplacion! La montaña estaba á mi derecha; el torrente á la izquierda. Unas *tunas* del jénero *cirio*, mas corpulentas y cilíndricas que las que conocemos aquí, reunidas en familias de cinco y seis individuos de todas edades y estaturas, se levantaban verdes y airosas, con envidia del aficionado á jardines. Con este instinto del mal que distingue al hombre, las hacia *emigrar* con la imaginacion, y las colocaba dentro el círculo artificial de un parque á la inglesa. No solo por sus formas y color que eran bellos, la naturaleza les habia

dado aduladores para realzar sus méritos. Una planta parásita llamada *quiltre*, que á merced de sus tenaces púas se injerta en los árboles hasta conaturalizarse con ellos, forinaba de rojo y amarillo guirnaldas preciosas sobre la cabeza de los cactus: en otros, ceñidos mas abajo por las mismas flores, remedaban sargas de corales en la garganta de una mujer de Arauco. Piedras enormes, árboles pequeños, obligaban al sendero á arrastrarse por aquellas faldas como una serpiente; que tal parece en realidad, cuando la vista puede descubrir la série sin interrupcion de sus anillos blancos.

Voy á hacer una advertencia. Cuando le diga á Vd. me paré; almorcé aquí; comí allá; dormí en tal parte; no era yo el que tenia cansancio, hambre ni sueño, sino las mulas ó el conductor, porque mi voluntad no entraba para nada en la formacion de las leyes de aquella república ambulante. Por otra parte, las joroadas están señaladas por la naturaleza, por decirlo así, combinada con la necesidad del transeunte en las Cordilleras. Es preciso parar á comer donde haya agua y sombra, dormir en paraje abrigado y en las cercanias de algunas yerbas para que pasten las bestias.

A las once y media de la mañana, mi caballo no quiso obedecer las espuelas: lo atribuí á la mala calidad del pihuelo ó á la peor colocacion de estos instrumentos pedestres que se me habian subido á las pantorrillas. Pero esto era un mal juicio en toda la estension de la palabra. El pobre cedia á una costumbre inveterada: habíamos llegado al lugar de almorzar. Y á fé que el sitio era á proposito para el efecto. Un hilo de nieve derretida caia trasparente de la montaña por entre sombras de árboles, y un peñon plano y estenso prestaba mesa para una orgia de 25 cubiertos. Esta piedra rodeada en círculo de otras en forma de pirámides, altas y truncadas, realizaba con perfeccion la idea que tengo de las aras druidicas de los antiguos gulos; y por un raptó vagamuudo de la imaginacion, me trasporté al teatro de Carlos Alberto en donde habia oido por primera vez aquella sublime elegía que inspiró á Bellini el presentimiento de una muerte prematura. El poco respeto que me infundia el criterio músico del muletero, me dió ánimo para echar al aire algunas notas, y entoné la famosa cavatina de la sacerdotisa sacrilega: *Casta Dival* . . . Un pollo hambre y un trago de jerez

DON JUAN DE LANUZA

LEYENDA DRAMÁTICA

En el silencio de la noche umbría,
Airada Zaragoza, alza la frente,
Y á usanza de Aragón, con vocería,
Prorrumpo, en fin, la sublevada gente:

«¡Vivan los fueros!

¡Viva Aragón!

¡Viva el Justicia!

¡Viva Aragón!

«Prelados y ricos-homea,
Ermúneo brazo infanzon,
Hoy el pendon levantamos
De los fueros de Aragón.

«Publíquense los pregones,
Con el fuero de la Union,
Convocando á la defensa
De los fueros de Aragón.

«¡Vivan los fueros!

¡Viva Aragón!

¡Viva el Justicia!

¡Viva Aragón!

«Que truenen los arcabuces,
Los mosquetes y el cañon,
Pues vuelve el Rey de Castilla
Sus armas contra Aragón.

«Para que la Santa Virgen
Proteja nuestra intencion,
En el Pilar tremolemos
La bandera de Aragón,

«¡Vivan los fueros!

¡Viva Aragón!

¡Viva el Justicia!

¡Viva Aragón!»

Así cundia el popular tumulto
En la noche esforzada Zaragoza,
Al desputar en el rosado oriente
El fresco albor de la vecina aurora.

Mas luégo el humo de tronantes armas
Al sol los rayos luminares roba,
Y los volteados cimbalos sonoros
Con su rimbombe á la ciudad asordan.

A la defensa general acuden
Los que en los campos comarcanos moran;
Campos que al Ebro, al Gállego y al Huerva
Deben la gala de su verde pompa.

Sobre alta pica una bandera guinda
Al libre viento el tafetan desdobra;
Sobre él las armas de Aragón campeán,
Y este mote tambien en letras rojas:

«Hagan fuero á Antonio Perez

De la manifestacion,

Porque sólo á los herejes

Los prende la Inquisicion.»

La voz y mando de la alzada gente

Don Juan de Luna denonado toma,

Noble infanzon, cuya ascendencia ilustra

Del reino de Aragón antiguas glorias.

Chambergó traje militar vistiendo,
Negras labores su casaca adornan,
Y, fiel recuerdo de la amada ausente,
Banda de Flándes cubre su valona.

«¡Viva Don Juan de Luna!», proclamaban
Los que bizarros á la lid se aprontan,
Y con armas las calles y las plazas
Discurren de la angusta Zaragoza.

A tanta agitacion, á estruendo tanto,
Lanuzá acude con firmeza honrosa,
Y el pundonor aragones y brío
Con noble ardor en sus mejillas brotan:

DON JUAN DE LUNA

Justicia de Aragón, un contrafuero
Nos hace el Rey, y su remedio clama
Con justa indignacion el reino entero.

Del patrio amor la belicosa llama
Hoy como nunca en nuestros pechos arde,
Y nuestro aliento y corazon inflama.

Si en vaga duda ó timidez cobarde
Hoy á la suerte el triunfo se dejára,
Para vencer, mañana fuera tarde.

¿No basta que la paz se perturbára
Por largas y sañudas disensiones,
Que la discordia en Ribagorza alzára,

Ni que alzasen opuestas pretensiones
Del Rey, de los señores y vasallos
En Ariza y Ayerbe turbaciones;

Ni que osado Almenara injustos tallos
Hoy demande en la corte del Justicia
Sobre fueros que el Rey juró guardallos;

Ni que á Perez, con pérfida malicia,
La Manifestacion negarse quiera,
Del Santo Tribunal por la injusticia? . .

Pero no basta, no . . . Gente guerrera
Don Alonso de Vargas acandilla,
Y al Reino invade ya fuerza extranjera.

Si al poder sucumbimos de Castilla,
Verá Aragón sus fueros conculcados,
Zaragoza el cadalso de Padilla . . .

BERNARDINO FERNANDEZ DE VELASCO.
(Continuará)

MISCELÁNEA

CANES

La municipalidad ha encargado á su arquitecto que proyecte la construccion de una gran perrera, para encerrar en ella á los perros callejeros que anden sin patente.

La municipalidad por medio de sus agentes los hará recoger y si en el término de tres dias sus dueños no los reclamaren serán muertos.

¡Pobres perros!

Tienen que pagar el pecado de no haber nacido hombres.

Y sin embargo, no faltan personas modestas que creen que los perros valen mas que los hombres.

Una estrofa de *Don Juan* de lord Byron, comienza de esta manera: Hombres . . . ó perros, y ved que os hago favor! . . .

Entre nosotros tambien hay decididos amigos de los perros.

El otro dia se reinataba en lo de Baltar y Quesada una perrita inglesa.

El señor Luro se la llevó por la cantidad de un mil quinientos pesos mpc. y este mismo señor, talvez, no mejoraria la postura de cinco pesos el dia que se pusiese un hombre á remate, aunque este hombre fuese el mismo arquitecto municipal.

FIESTAS EN SANTA LUCIA

Por los trabajos que se vienen haciendo, prometen este año estar tan lucidas como los anteriores.

DATOS SOBRE EL PERIODISMO

Digna de estudio, es por cierto, la manera como, están representadas las provincias hermanas en la prensa de la capital.

Los diarios mas populares y de mayor circulacion están escritos por periodistas provincianos.

La Nacion, co redactor, el señor Morel, —correntino.

La Tribuna Nacional, redactor, señor Andrade, —entre-riano.

La Patria Argentina, co-redactor, señor Oarubia, —entre-riano.

La Prensa, redactor, señor Dávila, —riojano.

El Constitucional, redactor, Doctor Larrain, —sanjuanino.

La República, redactor, señor Pacheco, —tucumano.

Esta nómina es interesante, por mas de un concepto.

Otro dia, con mas datos, la haremos completa.

JARDIN FLORIDA

Desde la semana pasada han empezado los conciertos en este establecimiento de recreo.

Por los programas publicados y el personal de la orquesta, la temporada de este año promete superar en atractivos á las pasadas.

FACUNDO HEREDIA

Con un título igual al de estas líneas, empezamos en este número la publicacion de una nueva é interesante novela de la señora de Sagasta,

Recomendamos su lectura.

bien rubio, me habian infundido tan buen humor, que me puse á reir á vista de un espectáculo artísticamente interesante y patético tambien, que en aquel momento se ofreció á los ojos de *Norma*.—Un anciano vestido pobremente, descendia en sentido opuesto al nuestro la ladera del camino, colgadas dos *arganilas* de cuero á los hijares de su mula *cuyana*, ética y tropezadora. La fruta que traia en ellas no la producen ni los árboles ni las plantas. Eran dos chiquillos de 5 á 6 años que, hincaditos, parecian esas *ánimas* de bulto que con las manos juntas al pecho, coloca la piedad pediguëña sobre las alcancías de las iglesias católicas.—Murillo que ha llenado los conventos de España con esos lienzos inmortales que representan la huida á Egipto de la Santa familia, habria tomado de aquí asunto para un cuadro original como pocos.

Siguiendo nuestro camino, nos encontramos hasta tener literalmente á nuestros piés el torrente, compañero fiel del sendero.—El *Salto* se presentaba en el fondo de la sima dando salida por un corte gigantesco de la montaña al agua anhelante por esparcirse en un lecho menos limitado que el que la trae emparedada por un trecho considerable. El cauce por donde corre allí, está sembrado de piedras de colores variados y de formas redondas dadas contra la voluntad del granito por esa pertinancia del agua, que eternamente se desliza y que se ha presentado como imájen del triunfo de la constancia: «la gota horada la piedra, *nou vi sed sæpe cadendo*.» Fuera imposible contemplar aquel espectáculo sin atribuir inteligencia á la lucha que levantaba espumas de plata y de jazmines en torno de los guijarros desnudos. Allí habia sin duda *Náyades* que lavaban sus encajes y sus túnicas de Cambrai con pasta perfumada de almendras de la fábrica de Mompelas; *Ninfas* de la fuente que contaban sus amores desconocidos y desgraciados á los escasos viajeros; y de ellas (no puede ser por menos) es esa cadencia monótona que llena el oido y convida á á «soñar ó imaginar con desaliño», frase castiza que guardo en la memoria porque me parece la traduccion mas genuina del verbo francés *réver*, que tanto dá que hacer á los traductores noveles . . .

JUAN MARÍA GUTIERREZ.

UNA PLUMADA

Espléndida estuvo la tertulia que la respetable familia de Llamas, dió el cinco del corriente.

El menos poeta se hubiera sentido inspirado, al contemplar tanta juventud y belleza como la que allí se encontraba reunida.

La interesante Tomasa Legnizamon, estaba esa noche encantadora.

Su esbelto talle y arrogante presencia—que es notable—llamaba la atencion de todos.

Tomasa Legnizamon es una muchacha seductora, espiritual, de finos modales y distinguido trato. Fué la reina del baile por su elegancia y gentileza.

La simpática Nemesia estaba muy bien, el traje negro que ostentaba hacia resaltar la palidez marmórea de su rostro.

Las amables señoritas Carmen y Clementina Llamas, Josefa y Paula Cabral, Felisa Gimez, las de Moro, Perez, Miranda y otra infinidad de niñas que no sabemos sus nombres, formaban un precioso *bouquet* cuyo perfume embriagaba.

A las cuatro de la mañana terminó el baile, retirándose todos satisfechos por los momentos pasados.

C.

Noviembre de 1881.

SIEMPRE!

Todo me habla de ti. Los astros del cielo, la estrella enorme que trae en su rayo tu caricia sin mancha, la estrella hermosa que se alza en la oracion del mundo, y alegra mi alma, con el recuerdo de todas nuestras felicidades inocentes y secretas. Hay en la luz de aquel lucero, el rayo de los tuyos, de tus dos luceros; de los dos astros que alumbran tu rostro bello, donde se asoma el alma sublime que alientas.

Ah! yo me postro y adoro ese astro; cuando su rayo brilla en la faja azul del horizonte, me arrodillo, ante ti, temblando estremecida; su luz, es como tus lábios: suavesita y blanda, bajo la dulzura de una caricia en los cabellos sueltos. . .

poema que solo lo puede leer Dios en el cielo, y yo en la tierra. . .

Todo me habla de ti.

La avecita inocente, aquella que tu me envias, para que me traiga en su canto un latido de tu corazón amante, canta allí, en los arbustos del jardín—¿qué dice? Una palabra tuya, una voz de tu alma: siempre!

La flor que corta mi mano, y que apenas desata el lazo cándido de sus pétalos ¿que guarda dentro, en el fondo de su corola aromosa? . . . Ah! tengo celos de esa flor, porque te lleva entre sus hojas—No, no es la flor, son mis ojos los que te guardan, está tu imagen en el iris, por eso te veo en todas partes. . .

Cuando me muera, ciérrame tú mismo los ojos—ah! no dejes mirar á nadie al fondo de ellos. . . tú estás allí, siempre allí! . . .

Te amo mas, inmensamente mas que en el pasado. ¿Que es mi vida estéril, de ayer, comparada con mi vida de hoy? Ayer la duda, hoy la esperanza—¿de qué? No lo se. Me amas, esto es *todo* para mi felicidad.

Amarne tú amar como tú solo, como tú único en el mundo sabes amar. Habbiéndome amado siempre y apesar de todas las pruebas dolorosas que hemos salvado.

Amarme, oh! yo no sé que nombre tiene esto en la tierra.—Dime: ¿tú lo sabes?

Dicha, felicidad. . . ah! este es el nombre de la ventura, de ser amada por tí?

No, todas las cosas de la tierra son vulgares, cuando las quiero asociar á tu cariño sublime y fiel, á tu recuerdo divino.

Si yo pudiera arrancar el secreto de su lenguaje á los ángeles, te hablaria como ellos hablan á Dios.

Pero te adoro muda. Tu eres mi Dios y. . . yo soy tu arcángel. . .

Sí, tú me has dado alas con que volar hasta el infinito.

Están limpias y puras del lodo de la tierra.

Puedo llegar hasta Dios. Tengo en ellas la blancura de tu alma.

E. . . piensa en

MAGDALENA.

Noviembre de 1881.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 20 DE 1881.

SOMBRAS

(Conclusion.)

SABADO Y DOMINGO

Malvina abraza á Julian con sin igual ternura y sin escuchar lo que Julian le dice, pronuncia con acento misterioso estas palabras: ¡si supieras, mi vidita, si supieras!

Julian con un beso, repite: ya sé, ya sé, mononita, pero es hora de vestirme, despues hablaremos, y el esposito comienza á quitarse el jaquet.

Malvina se siente herida al ver aquella prisa y sin pronunciar una palabra abandona el brazo de Julian que aun está cubierto por la manga del jaquet. El secretario penetra en el aposento y comienza la ceremonia, pero Malvina permanece en la salita, pensativa, con el corazon envuelto en sombras, y por la primera vez las lágrimas no humedecen sus ojos. Tormenta seca, rayos sin lluvia benéfica: sigue Malvina con oído atento los ruidos bien conocidos de la *toilette* de Julian, su corazon celoso va poco á poco despertándose y pasando por agudas torturas.

—Malvina, y mi corbata blanca, mi hijita...

—Voy á buscártela, y la víctima vá, ella misma, á engalanar al verdugo.

Julian es todo un buen mazol. El frac le sienta á las mil maravillas y su enamorada tórtola, al verlo esclama: no vayas, mi cielito, por favor, no vayas. Pero Julian que no le permite acercarse á arrugarle la camisa, responde riendo: anda tonta, que pareces tener cinco años, vaya una madre!

Malvina fija en su amado una mirada de reproche y murmura:

—Por eso no debieras ir tú...

—No faltaba mas! mira monona, y tal diciendo Julian, pasa cariñosamente la mano por la cabeza de Malvina, que se ha dejado caer sobre una silla; voy solo por un momento, te lo prometo, acuéstate y que Juana se quede en el comedor.

Malvina no responde.

Sombras opacas oprimen el corazon de la jóven esposa, desgarrado por agudos celos.

No repara siquiera en la partida de Julian y queda como anestesiada por el exceso de la pena.

Presuroso corre el esposito, tras el rápido tramway y con un: ¡pobre Malvina! pronunciado mentalmente, tranquiliza su conciencia y endereza el lazo de su corbata...

Malvina sufre un tormento extraño; le parece de improviso que se halla en la sala del baile, sin que su presencia, sin embargo, sea notada, salvo por un hombre pequeño de cara sonrosada, semblante risueño, modales inquietos y corbata blanca, mas blanca se le figura á la jóven, que todas las demás corbatas. El hombre lleva anteojos de oro, que relucen más, mucho más que las preciosas piedras ostentadas por la riquísima señora de A... y la opulenta señora de P... son dos estrellas inquietas que chispean sin cesar y penetran como acerada punta de estileto en el corazon de la esposita.

El individuo de los anteojos no se aparta de Malvina. De continuo le toma la mano, como si su intencion fuera invitarla á bailar. Imposible, aquella boca sardónica, aquellos cabellos despeinados, incultos, aunque de color dorado, no revelan un bailarín, sino... ¿que oficio tendrá este buen señor? dice para sí la esposa, que casi ha olvidado á Julian en su extraña preocupacion de penetrar el misterio que envuelve al inquieto personaje. Todos le saludan, todos le conocen y él sonríe familiarmente á todos, llamándoles por sus nombres.

Aunque no baila, se divierte á no dudar.

Aquei hombre parece conducir á Malvina por un hilo eléctrico y la sensacion nada tiene de penosa. No opone resis-

cia la esposita y como quien flota entre nubes sin obedecer á la ley de gravedad, sigue al afable Doctor, pues tal lo és, que todos le dán ese título, hasta penetrar en un sitio encantado, á lo menos tal lo halló ella, que allí estaba el encantador, el dueño de su alma, el esposo adorado, en fin, su Julian.

Corre Malvina presurosa hácia el objeto amado; pero Julian no repara en ella y á pesar de que dos brazos amorosos le enlazan apasionados, el esposito parece que nada vé, que nada siente.

¡Martirio cruel! Malvina tocó con sus labios la frente húmeda de Julian y éste lanza una carcajada exclamando: «Yo enamorado de mi mujer!... no Pepa, vd. no lo cree!...

¡Horror! Malvina lo ha oído y aquellas palabras feroces, han herido de muerte algo, que sin un lamento, sin un estremecimiento, deja de tener vida y en un tiempo inapreciable ha pasado el límite insondable.

«... Estoy soñando... dice Malvina, para sí... esto es una pesadilla horrenda. Dios miol haz que me despierte, que me despierte.

El exceso de la angustia volció á Malvina la conciencia de sí misma y su primer sensación fué un agudo dolor en el costado. Llevó la mano al sitio dolorido, cayendo de nuevo en una noche oscura y sin sueños.

Sombras!...

Oyó Juana un quejido y despertó solícita. Llegóse al lecho. La respiracion anhelosa de su señora inquietó á la buena muchacha que exclamó *sotto voce*: «Y el otro en el baile... ay Juana! no te cases! y corrió en busca de una vela.

¡Jesús me valga y que será estol y la pobre Juana cayó de rodillas delante de la cama, en la cual se agitaba devorada por la fiebre la celosa Malvina.

La mazurka consabida resuena de repente.

Ciñe Julian el talle, no muy delgado de Pepa, y ambos se lanzan al animado torbellino.

Un suspiro, un yo tambien padezco!...

y quien podrá decir que Malvina no tuvo razón.

Sombras.

Y ¿cerce vd, Doctor, que esta muchacha tan... sinó sé como llamarla... tan impresionable,» agregó el Doctor, podrá mas tarde recobrar lo perdido?—Vaya que si lo creo. . . esto es nada. Un poco de reposo, el calmante que prescribo y que Julian baile menos.» Y el Doctor levantó la cortina y durante algunos instantes fijó su mirada encantadora en el rostro pálido de Malvina. La esposita abrió los ojos y reconoció al misterioso personaje del baile. «Habré soñado,» pensó, y su imaginacion perezosa no fue mas allá.

Chit! dijo el Doctor, y poniendo el índice de la mano derecha sobre sus labios abultados, agregó en voz baja: «por ahora silencio»... y se alejó sin ruido.

Malvina cerró de nuevo los pesados ojos y se durmió, pero de vez en cuando, creía oír una voz que decía «esta muchacha no sirve ni para eso» . . . pero otra respondía cariñosamente: «pobrecita! ya verá vd., yá verá vd.» y todo se confundía y se borraba.

Sombras!

En lontananza una luz azulada crece y se acerca.

¿Sueña aun Malvina? . . .

Dos manecitas rechonchitas le acariciaban tiernamente y una vecesita plateada le dice al oído: soy Juliucito. . . Que ha pasado? . . . Nada, el tiempo ha marchado y ese amigo fiel de los que sufren ha hecho su obra. El misterio de los misterios!

La vida por la vida. . . .

Nubes sonrosadas!

EDUARDA.

Noviembre 15 de 1881.

NIEBLAS

(XVII.)

I

Todo lo llena con su perfume,
Todo lo inunda con su fulgor:

La tierra, el aire,
La noche, el cielo,

Y el infinito
De la estension!

II

Todo despierta de su letargo
Cuando sus pasos oye sonar:
La flor, el viento,
La oscura liana,
Las olas tristes,
La inmensidad!

III

Ella suspira y el mar enorme
Rueda sus aguas con lentitud;
El sauce agita
Sus verdes hojas,
Y se estremece
La lila azul! . . .

IV

Ella sonríe y el lago canta
Y las alondras cantan tambien:
Como los sueños,
Como las notas,
Como las lirás,
Como el vergel! . . .

V

Ella se aleja! . . . todo solloza,
Todo solloza con hondo afán:
La flor, el viento,
La oscura liana,
Las olas tristes:
La inmensidad! . . .

LEOPOLDO DIAZ.

Noviembre de 1881.

FACUNDO HEREDIA

Novela original de J. P. de Sagasta.

CAPITULO I

(Continuacion.)

Los jóvenes cada vez mas aterrados y el rostro cubierto con ambas manos, trataban de no ver el espectáculo. . . . Don Máximo, Nicanor y cuatro hombres mas, sostenian el carruaje amarrado por medio de sogas atadas á las ruedas y los elásticos, ni mas ni menos que como se sujetan los techos de un rancho para que no lo vuela el huracan.

Maria conservaba toda su entereza y presencia de ánimo, pero sufría con el

terror de que estaba poseida su hermana: ambas guardaban el mas profundo silencio, y rodeadas de una densa tiniebla, no se veia una á otra.

De pronto, uno de los peones se irguió, aplicó el oído.—Parece que viene uno galopando, dijo—y en efecto, á la luz de un relámpago, vieron antes de que concluyera Jacinto, acercarse sujetando su caballo, un ginete emponchado.

—Buena noche, caballeros, dijo con voz enérgica y de timbre resuelto y simpático á la vez.

—Mejor será, dijo Don Máximo, que diga vd. mala noche, por que lo que es esta, mas mala no puede ser.

—Como guste, señor—si puedo serles útil, estoy á las órdenes de vds.—¿se ha roto el carruaje ó han errado el camino?

—Gracias, mi amigo, pero ni el carruaje está roto, ni hemos estraviado el camino, solo nos hemos detenido hasta que calme la tormenta, por temor de volcar, y luego, como van señoras

—¿Cómo! lleva Vd. señoras?

—Sí, de que se asombra Vd!

—De nada, pero esto no puede ser, hay mucho frio y el temporal puede durar, y en este caso, bueno será ponerlas al abrigo.

—Sí, dijo Dn. Máximo, confuso ante la solicitud del paisano, seria muy bueno, pero de que modo?

—Atando el carruaje y conduciéndolas yo á mi estancia, muy cerquita de acá. . .

—Ya lo creo, exclamó Nicanor, eso seria espléndido: no le parece á Vd. señor Quintanilla que el ofrecimiento del señor es de aceptarse?

—Como nó, se lo acepto de mil amores, y le doy desde yá las gracias por su fineza.

El ginete echó pié á tierra y acercándose al carruaje, buena noche, señoras, dijo tratando de ver el interior de aquel.

Una ráfaga de viento llevó su acento, pero Maria que estaba atenta á lo que pasaba fuera del carruaje desde que sintiera la voz de un hombre estruño, alzó el vidrio y sacando la cabeza, vió asombrada, á la luz de un relámpago, la figura grandiosa del gaucho; no pudo ver los contornos flexibles y elegantes de aquel gallardo mozo, pero los adivinó, bajo el gran poncho azul prendido sobre su pecho, con doble costura de terciopelo negro, adivinó la belleza ruda pero conmovedora de aquel rostro tostado por el sol, pero no menos franco y noble en su salvaje hermosura.

Facundo estaba de pié, casi á la puerta

del carruaje, tenía el caballo de la rienda y el rebenque de cabo de plata en la mano.

—¿Está cerca su estancia? dijo Maria, con su voz mas suave y armoniosa.

Facundo se volvió y sin darse cuenta de su emocion, si señorita, dijo, percibiendo apenas la cabeza de la jóven, está media legua de aquí: son unos ranchos cómodos donde nunca falta un buen fogon, y donde lo pasarán vds. mal, pero siempre mejor que en medio campo.

—Oh! gracias, exclamó Maria con toda la efusion de su alma, y asombrada de hallar tanta finura en un aspecto tan rudo, se quedó mirando ávidamente, esperando la luz del relámpago para contemplar de nuevo aquella figura.

Elisa mas preocupada que Maria, ni siquiera habia mirado a Facundo.

El carruaje se puso en marcha y Facundo guiando tomó la delantera.

Media hora despues entraban á las poblaciones de este. El ladrido de los perros se dejó oír furioso, y el balido tierno y conmovedor de los corderos se mezcló con el bramido de los toros que desde el rodeo, á dos cuadras de la estancia, se dispersaban por efecto del ventarron.

Los peones del establecimiento rondaban las majadas y otros se lanzaban á galope, campeando las que huian, para traerlas al corral. El carruaje se detuvo y todos bajaron: algunas mujeres salieron espantando los perros, y Facundo, dejando su caballo precipitadamente, corrió al carruaje, y mientras Nicanor daba la mano á Elisa, él, por la otra portezuela, bajaba en sus brazos á Maria; en sus brazos, decimos, por que al poner la jóven el pié en el estribo, resbaló y encontrando el pecho de Facundo se afirmó en el, sintiendo contra ella latir apresuradamente el corazon del hermoso gaucho.

—Deme Vd. la mano, dijo á la jóven con la voz lijeramente cortada, sinó puede vd. caerse y no encontrar mis brazos. Maria se sonrojó y dió su mano á Facundo: ambos cruzaron el gran patio, y Facundo empujando la puerta entró con Maria seguido de Elisa, Nicanor y Don Máximo.

El aspecto de aquella habitacion era extraño por pertenecer á un gaucho: una cama de fierro con blanquísimas sábanas y blandas almohadas cubiertas de cribadas fundas se veia cual si recién hubiera sido abandonada por su dueño; un quillango de avestruz estaba estendido delante del lecho y una pequeña mesa de cedro sostenia,

y un libro abierto: despues algunas sillas de esterilla poblaban la estancia y una mesa cuadrada y grande llenaba el centro. Todos entraron ateridos de frio: Nicanor respiró con fuerza al verse á cubierto de los elementos, mientras Don Máximo se reía de la debilidad de su futuro yerno, diciéndole:

—Sabes, que Maria es mas guapa que tú!

—Bah! vd. se engaña, yo no tengo miedo, contestó Nicanor.

—Ahora, ya lo creo, pero hoy ni siquiera te acordabas de que tu novia veia tu pusilanimidad, y cuidado que mi Maria es muy animosa!

La jóven nada habia escuchado, toda su alma se reconcentraba en sus ojos; y Facundo nada escuchaba tampoco, miraba á Maria, y si hubiera estado solo, habria caido de rodillas ante ella. Ambos se contemplaban asombrados: Maria fijó sus ojos en él, asi que la luz bañó su rostro, y él hizo lo mismo al entrar en su habitacion: ambos, pues, se quedaron estáticos. Facundo era hermoso, mas hermoso aun que todas las creaciones que forjó para su ideal la jóven: tenia el cutis blanco, aunque lijeramente bronceado por los rayos del sol, los ojos rasgados, negros y fogosos, el cabello tambien intensamente negro y ensortijado caia sobre su cuello blanquísimo, hasta donde lo cubria el cuello, de la camisa, en rizados brillantes: su nariz era fina y denotaba en la dilatacion de sus ventanas la fuerza de las pasiones que dominaban á aquel hombre: tenia la frente ancha y quemada por el sol hasta donde descansaba el ala del sombrero; y aquellas facciones tan hermosas y enérgicas, eran realzadas por una negra, sedosa y larga barba, cerrada y cuidada con esmero.

Maria con la mirada fija en aquel, parecia magnetizada, y cuando su padre, bromeando con Nicanor, pronunció su nombre, volvió la cabeza y se sonrió maquinalmente.

—¿No es verdad, hija mia, que tú no tenias miedo? dijo Quintanilla dirigiéndose á Maria.

—Es verdad, *tatita*, respondió volviendo hácia su padre el lindo rostro.

—Nicanor se acercó á ella: ¿no tenia vd. miedo la dijo, pero en cambio lo ha tenido Elisa, yo, un poco tambien, lo confieso, pero ahora ya no hay que acordarse de aquello, puesto que gracias á este señor, y señaló á Facundo que con

estamos en salvo y completamente tranquilos.

—Asi es, dijo Don Máximo, si no fuera este señor, todavia estaríamos plantados en medio del campo, perdidos entre la oscuridad de la noche.

—Bah! no hable vd. de eso, replicó Facundo, yo he cumplido con un deber, y hasta creo que Dios debe haberme llevado allí para ser á vds. útil en algo.

Nadie comprendió aquellas palabras sencillas, solo Maria se inclinó por la fuerza de los latidos de su corazon: aquellas palabras eran para que las entendiera ella, y las entendió.

(Continuará.)

San Martín, Noviembre de 1881.

EN LA TUMBA DE SALVADOR MARIO

Ayer era la luz, ayer la vida,
la juventud, sus sueños, sus ardores...
¡La juventud! . . . Sirena adormecida
sobre las olas de una mar inquieta,
que transformaba en cantos sus amores,
y el corazon del jóven en poetal

Hoy, la sombra que aterra; hoy es la muerte
con sus cuadros sombríos, su misterio . . .
Hoy la sombra que aterral Que convierte
sus ensueños en nada, y los derrumba
con la fuerza invencible de su imperio,
para cambiar el corazon en tumbal

La vida, deslizándose en su paso,
se alza en el zenit deslumbradora
para caer tranquila en el ocaso.
Pero ¡ah! no ha sido tu destino el mismo!...
Apenas te elevaste con la aurora
caíste con la noche en el abismo!

Amar! . . . Vivir en el hogar tranquilo,
donde todo dolor halla consuelo,
donde toda virtud encuentra asilo,
y, luego, perecer cuando se ama,
cuando la estrella fúlgida del cielo
su tibia luz al corazon derrama! . . .

Sofiar! . . . Sentir como se expande y sube
á las puertas del mundo el alma ardiente,
y pasa vagarosa cual la nube,
blanco cendal de vaporosas brumas,
que atravesando sobre el mar rugiente,
acarician el viento y las espumas! . . .

Cantar! . . . Arder con resplandor fecundo

llama al poeta, y electriza el mundo;
y haciendo de su canto el universo,
modular su pasión en cada nota,
y derramar su vida en cada verso...

Fuiste poeta sí! . . . Oh! si las aves,
que alegres cruzan el estenso cielo
lo pudieran saber, sus coros suaves
rodearian tu tumba entristecidos,
alzarían sus quejas con su vuelo,
y en la corona del ciprés, sus nidols

Fuiste poeta, sí! . . . Oh! si los vientos
que cruzan palpitando en la llanura
ó arrancando á las olas sus acentos
lo pudieran saber, se detendrían,—
y la oracion que su rumor murmuraba
sobre tu tumba triste elevarían!

Yo que lo sé, te lloro, y con tristeza,
sobre la tumba que tu cuerpo encierra
inclinó respetuoso la cabezal
El alma sufre, y meditando duda,
cuando te absorbe, pálido, la tierra,
y vé frío tu pecho, el arpa muda! . . .

Por eso es que te lloro, y que en mi llanto
mi jóven corazón ahogado siento! . . .
Por eso es que te lloro y que te cantol . . .
Ha sido noble el alma que tuviste;
veló sobre tu vida el sentimiento:
y abrazado con él, con él caíste!

E. E. RIVAROLA.

RIVERA INDARTE

Rivera Indarte era de mediana estatura, mas bien grueso que delgado y al parecer fuertemente constituido: tenía confianza en una existencia prolongada y fiaba mucho en el porvenir. Tenía la frente ancha y abultada en el centro; los ojos pequeños y claros, el cabello rubio y escaso, el rostro regular y abultado, la color pálido y desperdida como las personas de temperamento linfático. Gustaba del reposo: la idea que mas le halagaba era la de llegar un día á gozar de los placeres domésticos: era fiel y agradecido; pero no olvidaba fácilmente las ofensas. Sensible á la gloria y muy pagado de que digesen bien de sus escritos, era al mismo tiempo modesto y dócil á los consejos de la crítica. Casi todas sus poesías las leía á D. F. Varela, porque, según él mismo,

las juzgaba severamente. Ninguno de nuestros amigos que hacen versos nos dió pruebas mas claras que él de sus buenas intenciones en materia de amor propio literario. Jamás se quejó de los jueces que juzgaron desfavorablemente sus obras: tenía el sentimiento de sus fuerzas y contaba con que el trabajo y el estudio paciente le ayudarian á producir cosas dignas de sobrevivirle.—Economizaba mucho su tiempo y el fruto escaso de sus trabajos: vestía con desaliño, aunque á veces reflexionaba sobre las ventajas que dan en la sociedad la elegancia del traje, la facilidad de las maneras y la espontaneidad en la elocución, dotes de que él carecía. Se impuso privaciones que le eran llevaderas, porque las consideraba como medios para poder retirarse algun día á no pensar sino en el estudio. A este fin enriquecía con empeño una pequeña y escogida biblioteca de obras serias, entre las cuales se hallaban varias ediciones de la Biblia y algunos de sus mas afamados comentadores. Era proyecto muy querido suyo, trabajar en verso sobre los libros poéticos del antiguo Testamento—Debia tener muy desenvuelto el órgano de la casualidad, si es cierto el sistema de Gall; jamás estudiaba en autores de segunda mano y se dirigía siempre á las fuentes; jamás le vimos leer una *Revista*, y la política del mundo que él tenía que seguir por necesidad, la estudiaba en las discusiones de las Cámaras y en las disposiciones gubernativas. Sus lecturas eran sumamente variadas é inconexas. Los poetas contemporáneos eran para él lo que han sido á veces los sonidos vagos del viento ó el canto de las aves para algunos músicos compositores: leía en alta voz una buena poesia antes de empezar á hacer versos, como quien mueve los brazos y el cuerpo antes de dar un salto: era aquello un auxilio gimnástico para su inspiración. No creía, y tal vez con razón, en lo que se llama el talento innato del poeta: creía que la inspiración era el trabajo y la fé en el resultado que se adquiere con la constancia. Tenía facilidad suma para cambiar el jiro de sus frases métricas—á veces escribía veinte versos para completar una cuarteta que era la forma mas maleable para él: nunca escribió en silva, y prefería la estrofa empleada por Manzoni en su oda al 5 de Mayo. «Cuando esté entre nosotros mas adelantada la educación, nos decía una vez, se enseñará á ser poeta, como se enseña á ser jeónetra. . . . Esto puede explicar

muy bien su manera de ver en este punto.

Carecía del don espositivo en la crítica literaria—sentía pero no juzgaba.—Su memoria era feliz y tenaz: ha escrito en Montevideo algunas biografías políticas con los recuerdos de conversaciones oídas en su niñez: al ver el gran número de citas que derramaba diariamente, de documentos, de discursos, de artículos, de gacetas, de fechas, de sucesos, de nombres individuales, podía creerse que tenía vastos apuntes ó muy metodizados sus papeles—y no era así—su cuarto tenía por único tapiz, montones de periódicos y de panfletos: bajo su cama, bajo su mesa depositaba sus materiales impresos. Sus muebles de escritor se reducían á una sola pluma y á una cosa cualquiera capaz de contener mucha tinta. Escribía en prosa sin mas demora que la precisa para el labor material de la escritura, confusa pero muy suelta. Escribía en medios pliegos de papel en forma de tiras y sus horas de trabajo serio eran de las diez de la noche hasta la madrugada: dejaba su cama para almorzar, y el día lo empleaba en curiosar, en oír novedades, en pasear las oficinas, en visitar á todos los hombres que pudieran contribuir con algo á la redacción de su diario.

Rivera Indarte no fumaba, ni usaba de estimulante alguno para avivar su espíritu. Dicen que Ventura de la Vega juega con su cabello cuando compone—él se estregaba el dedo pulgar con el índice de la mano izquierda, en el cual tenía un callo de la continuación de este movimiento.—Este pobre mozo ha de ser juzgado y visto bajo muy diversos puntos de vista, y no siempre muy favorables, por sus mismos partícipes en opiniones políticas. Ha vivido en medio de una tormenta y no siempre la nave que ayudó á pilotear salió al puerto. Fué audaz y no faltan timoratos allí donde él esgrimió la pluma: tuvo mérito y á veces es este el calor que hace brotar la envidia: dió golpes certeros, de esos que arrancan sangre, en el corazón de muchos malos poderosos que pagan bien á los que mienten en su provecho: sostuvo ideas que por nuevas, adelantadas y generosas, ciegan y perturban las pupilas de algunos ojos todavía tiernos aunque no pertenezcan á niños por la edad. Su vida fué una lucha y hay muchos vencidos por él en el palenque: fué pobre, huérfano, desvalido y le acompañó la injusticia en mas de la

mitad de su camino: aunque á veces hizo á ella su mejor lazarillo. Fué hombre político, cuanto cabe serlo al que no tiene mas tribuna que las columnas de un diario, ni otra cartera ministerial que sus panfletos—por consiguiente, y para reducir nuestra idea á una sola palabra, habrá de decirse de sus escritos como del libro del Príncipe, muchísimo bien, muchísimo mal.

JUAN MARIA GUTIERREZ.

ALA LUNA

Cuan suave te deslizas blanca luna
Bañando el mundo con tu luz de nácar;
Pareces, descendiendo de los cielos,
La paloma inmortal de la esperanza!

Cuando mudo y absorto te contemplo
Melancólica imagen de mi alma,
Empáñase el cristal de mi pupila
Con el tierno rocío de una lágrima.

Y te admiro mas bella en la tristeza
Al traves de mis húmedas pestañas;
Te asemejas á un cisne que en la bruma
Se envuelve entre los tules de sus alas.

Tú debes ser ¡oh luna bienhechoral
El alma errante del amor, que baja,
En los tibios, levísimos esfluvios,
A besar á toda alma enamorada.

Pienso que encierras en tu seno pálido
De la virgen las candidas plegarias,
Pues no llegan al cielo cuando miran
El atractivo de tu faz plateada.

Ah! si esto es cierto, luna placentera,
En mis noches de angustia flul hermana,
Cuéntame en el lenguaje de tus rayos
Lo que siente por mi mi Cyntia amadal

ALEJANDRO V. MURGUIONDO.

Bs. As. Noviembre 2 de 1881.

NOCTURNO

Como mirra de incensario que todo lo perfuma, son los sentimientos de su alma.

del polvo del mundo, porque allí solo recibe culto la inocencia y la virtud.

Mira, y la luz de su pupila oscura, levanta el alma postrada por las decepciones de la vida.

Habla, y el éco de su voz se asemeja al murmurio cadencioso de las olas, en una serena noche de primavera.

Ríe, y la risa de su granado lábio suena armoniosa, como la oblation del ángel de la Esperanza.

Asi es Rebeca, la sacerdotiza de la Fé, que alumbró con su luz regeneradora, el panteon de mis muertas ilnsiones.

Oh! espléndida vision de mis ensueños, no te apartes de mi, nunca jamás, nunca jamás!

Acompáñame en mis noches solitarias, en mis noches de quebranto y de tristezas infinitas!

¡Espléndida vision de mis ensueños, no te apartes de mi, nunca jamás, nunca jamás!

MATILDE ELENA WILI

Noviembre 16 de 1881.



EL ALBUM DEL HOGAR

Publícase en Buenos Aires un semanario de literatura que reúne todas las condiciones necesarias para hacer agradable su lectura.

Nos referimos á *El Album del Hogar*, selecto periódico semanal hábilmente dirigido por el infortunado é inspirado poeta don Gervasio Mendez, á quien una terrible enfermedad tiene enclavado en el lecho del dolor:

El periódico en cuestión es muy leído, pero el público no dispensa toda la protección á que es acreedor por sus merecimientos y por sus desdichas el que tan envidiable puesto supo conquistarse en la república de las letras.

Gervasio Mendez es sin disputa uno de los poetas más inspirados y más populares de la América española y es sensible que con tan bella inteligencia no se apresure la sociedad á prestarle todo el apoyo de que há menester en medio de las aflictivas circunstancias por que atraviesa su atribulado espíritu.

digno por sus condiciones literarias y por su índole especial de figurar en todas las casas de familia y no alcanzamos á comprender cómo su circulación no aumenta, hallándose al frente de sus páginas un nombre tan querido, tan simpático y tan popular como el del vate entre-riano, en quien los españoles nos hemos acostumbrado á ver un hermano cariñoso.

Gervasio Mendez se ha hallado siempre dispuesto á tomar parte en las conferencias literarias que á favor de nuestras sociedades de beneficencia ha organizado nuestra colonia, en honor de la cual ha pulsado su plectro de oro, arrancándole sus mas sentidos acentos y sus mas inspiradas frases.

De ahí que el nombre de Gervasio Mendez suene gratamente en oídos españoles y de ahí que nos duele en el alma que un ser tan privilegiado, en cuyo corazón se albergan los mas nobles sentimientos y en cuya frente brilla la chispa del génio, no alcance todo el apoyo á que es indudablemente acreedor.

El lecho es para él un potro al que le mantiene encadenado su desdicha, y desde el cual vé pasar los floridos y risueños años de la juventud, apurando la amarga copa del dolor que la fatalidad acerca á sus lábios.

Tanto martirio y tanta abnegacion, ¿no merecen que la sociedad les tienda una mano generosa, hourando al que tanto lustre dá á las americanas letras y al que tan inspirados acentos sabe encontrar cuando se trata de cantar las glorias patrias?

Gervasio Mendez, lo repetimos, mas que un extraño, es un hermano de los españoles, holgáranos que hallase en nuestros compatriotas la mas decidida protección, suscribiéndose al ameno, interesante y bien escrito semanario que dá á luz con la colaboracion de estimables literatos y que tanto contribuye á poner de manifiesto el movimiento intelectual de estos países.

Trátase únicamente de hacer justicia al mérito y los españoles como los argentinos, no pueden negarse á pagar ese humilde tributo al verdadero talento y á la mas noble de las desdichas.

El Correo Español.

DON JUAN DE LANUZA

(Conclusion.)

DON JUAN DE LANUZA

¿El cadalso? ¡Jamás! Ni nunca hollados
Nuestros fueros serán; que á la defensa
Pueblos enteros correrán armados!...

Quizá Castilla temeraria piensa
Que el brazo aragónes hallará inerme;
Que Zaragoza aguardará indefensa;
Q'el pundonor en nuestros pechos duerme,
Que doblemos la cerviz al yugo
Para que campos y ciudades yerme.

¡Pues ya que armarse á su altiveza plugo
Muéstrenos en la lid la noble espada,
No la infame cuchilla del verdugol...

¡Oid aragoneses! Fuerza armada,
De Don Diego de Heredia puesta al mando,
Del paso de Alagon guarda la entrada.

El foral de la Union célebre bando
Publicado está ya, y en nuestros muros
Se van torres y puertas artillando.

¡Salven los fueros nuestros brazos duros,
Armados con espadas y arcabuces!
Los hijos de Aragon nunca perjuros
Vieron del sol resplandecer las luces.

Nuevo tumulto á la mansion acorre
Del Marqués de Almenara, y le aprisiona;
Y mal herido por la airada gente,
Rindió su aliento y su altivez odiosa.

Los de la Magdalena y de San Pablo,
Gritando ¡Greuge! impávidos se arrojan
Sobre la Aljaferia, cuyas puertas
A su furia temaz cayeron rotas.

Salran á Antonio Perez, y su triunfo
Con fuertes voces por doquier pregonan,
Y señalando á la bandera gualda,
Cantan el mote de las letras rojas:

•Hagan fuero á Antonio Perez
De la manifestacion,
Por solo á los herejes
Los prende la Inquisicion.

Al ancho, antiguo y prolongado Coso,
Todos armados, con valor se agolpan,
Y en las fenestras la hermosura agita
El blanco lino y las rizadas tocas.

En los torrendos muros suena el bronce;
El eco zumba de guerrera trompa;
El fogoso bridon la crin estiende;
El sol refleja en las bruñidas cotas.

Sobre un fuerte alazan, q' en la carrera
Menuda braja en derredor arroja,
Llega Diego de Heredia, salpicada
De lodo y sangre la armadura toda;

Con un bilbilitano capacete
Su frente cubre y su cabeza adorna,

Con su blason el refulgente escudo,
Con su cruz de San Juan la doble cota.
Cine espada tedesca, suspendida
Del ancho cinturon con ricas borlas,
Por no deber á toledano acero
Contra Castilla su defensa propia.

DON DIEGO DE HEREDIA

Valientes hijos de Aragon, la suerte
Contraria sobre el campo de batalla
Hoy me quiso negar gloriosa muerte;
Empero vil temor no me avasalla,
Porque el honor la infamia no consiente,
Ni ante el poder de los malvados calla.

Para ganar la defendible puente
Que enlaza del Jalon ambas riberas,
Llevaba yo mi denodada gente;
Las barras en escudos y cimbras,
La Virgen del Pilar en los pendones
Y la cruz de Aicoraz en las banderas.

Godofre Bardají con dos cañones
Impávida marchaba á la vanguardia,
Ayerbe comandaba los peones.

El altivo contrario nos aguarda,
Gritando en alta voz: «¡Viva Castilla!»
Y apostando en la puente una bombarda.
Nuestro valor al enemigo humilla;
La bombarda ganamos y la puente,
Y roto el tercio fué de Bobadilla.

Pero Mejia, capitán valiente,
Experto militar en sus consejos,
Que ornara en Flandes con laurel su frente,

Con fuerte tropa de soldados viejos
De Pleitas y Grisen cruzó los vados,
De la menguante luna á los reflejos;
Y así, dos tercios de Aragon cortados
Fueron, y su auxiliar artilleria
Y sesenta ginetes desmontados.

Al frente de su fiel caballeria
Don Alonso de Vargas nuestro centro
Cerraba con intrépida osadia.

La dura carga del primer encuentro
Cien mosqueteros con su fuego atajan,
Parapetados de la puente dentro;

Empero al peso abrumador se rajan
Sus recias tablas, y al crecido rio
Nuestros soldados entre ruinas bajan.

Todo fué perdicion... Al noble brío
El pavor sucedió... Nuestros contrarios
Pasaron el raudal á su albedrío;

Y siguiendo sus planes temerarios,
Llenos de orgullo y de feroz fulcra,
Ya se aproximan por caminos varios...

¡Pedro Fuertes aquí...

PEDRO FUERTES

¡Nueva desgracia
Ya son dueñas las tropas de Castilla
Del Cármen, del Portillo y Santa Engracia.

DON JUAN DE LANUZA

¡Nunca el valor aragones se humillal
Por la puente de piedra, por el vado,
Vamos del Ebro á la encontrada orilla.
El estandarte de Aragon alzado,
Será nuestra defensa la montaña...

DIONISIO PEREZ

¡No hay salvacion! ¡El Ebro, desbordado,
Cubre la puente, inunda la campaña!...

Ya dentro la ciudad los atambores
De las tropas del Rey marcha redoblan,
Y al hórrido estridor de las cornetas
Los hombres callan, las mujeres lloran.

Don Alonso de Vargas en su pecho
Ostenta del patron la insignia roja,
Los blasones de España en las enseñas,
El Toison con las cruces de Borgoña,

Y cubierto el escudo de las barras
Con negro tafetan, como traidoras...

¡Injuria indigna al fuero de Sobrarbel!
¡Anuncio infame de venganza odiosa!
Ordena los cañones en el Coso,
Al Justicia y parciales aprisiona,
Al Reino desafiara por un bando,
Y este cartel en la ciudad pregona:

•Mañana se cortará la cabeza en la
plaza pública de Zaragoza al Justicia de
Aragon Don Juan de Lanuza, por haber
hecho levantamiento de gentes contra el
Rey nuestro Señor.—DON ALONSO DE VARGAS.

Entre el espanto de las gentes mudo
Tendió la noche sus opacas sombras,
Para la sed de la venganza larga,
Para la vida de Lanuza corta.

Y con feral, aterrador orgullo,
La del dominador mano opresora

Alzó un cadalso, de los fueros tumba,
Donde la sangre aragonesa corra.

Y á Don Juan de Lanuza le condena
En público á sufrir muerte afrentosa;
Sin prueba, en el papel, de su delito,
Sin preguntarle una palabra sola.

Dorando el sol los altos chapiteles.
Que á la Salduba célebre coronan,
Y al reflejar de sus radiantes luces
Del Ebro patrio en las hinchadas ondas;

Guarneciendo sus calles y sus plazas
Las armas de las huestes invasoras,
Al pié de la cureña el botafuego,
El guerrero clarín puesto en la boca;

Con grillos en los piés, llevado en ruedas
A las que paño funeral entoldan,
Marcha el Justicia, con serena frente,
Boja el rigor de castellana escolta.

Aun de su rostro el tiempo y la desgracia

El rosado matiz no descoloran,
Aun su apuesto ademán guarda firmeza,
Aun su noble valor constancia honrosa.
 Por muestra del dolor, con negra gasa
 Cubierta llova la heredada toga,
 Pues la reciente pérdida de un padre
 Su filial corazón recuerda y llora.

Pregunta sin cesar modestamente
 Cuál era la ocasión de su deshonra,
 Por qué moría, en fin, y contestado
 Por Fray Pedro Leonardo de Argensola,

Que por sus culpas Dios lo permitió;
 Que lo mandaba el Rey y era oportuno...
 Lanuza interrumpió: «Yo lo decía
 Por ver si puedo disculpar á alguno.»

¡Tales fueron las últimas palabras
 Del Justicia infeliz, de Aragon glorial...
 «Hoy debemos morir como cristianos,»
 También dijo en Castilla un alma heroica...

¡Musas de Iberia, celebrad sus nombres!.
 Cuando la libertad fué defendida
 Con patrio y patrio amor por dignos hombres,
 Y se vió por los déspotas vencida,

¡Con honra sucumbió! Cuando la hollaron
 Los hombres ambiciosos, turbulentos,
 Que con violencias el mandar ganaron,
 Siempre de orgullo y de rencor sedientos;

Dueños ya del poder, haciendo ultraje
 Al pueblo sufridor, sin gloria alguna,
 Llamaron libertad al vasallaje
 Impuesto por su audacia ó su fortuna.

Empero, ¡oh libertad! hay pueblo noble
 Que ni extranjera usurpación consiente,
 Ni duro imperio de ambicion innoble;
 Pues alzándose fiero, armipotente,
 Con justo empeño y bélica pujanza
 Hace triunfar sus fueros con su lanzal

BERNARDINO FERNANDEZ DE VELASCO.

TERTULIA

Animadísima estuvo la tertulia que la familia de Llamas dió el sábado pasado.

Pocos bailes ha habido en esta temporada tan concurridos. Qué jardín de hermosas flores! Doquiera dirigiámos la vista, veíamos rostros bellos.

Entre las que descollaban por su elegancia y belleza, estaba la arrogante Tomasa Leguizamón, que esa noche estaba encantadora y sino que lo diga P. B. que no se separó un momento de su lado.

Que le diría, cuando bailaba, que To-

masa se sonreía? sin duda le hablaba de... pero mejor es callar.

Las señoritas Clementina y Cármien Llamas, Nemesia Leguizamón, Josefa y Paula Cabral, Juanita Felipes, Lola Rivero, Ana y Pastora Maro, Juana Miranda, Perpétua Gímboto y María Díaz, estaban en su noche.

Al sexo feo lo representaban Juan Ruiz, Carlos Villanueva, Piedra Buena, Isaias Villafañe, Calderon, Fernandez, Felipe Ballester, José Poviñas, Pedro Bernate, Ramon Llamas, M. Torino, Miranda, E. Felipes y otros tantos que no recordamos.

Las temporadas mas notables fueron las de Nemesia Leguizamón con Villafañe, Cármien Llamas con Pepito Poviñas, Josefa Cabral con Miranda, Tomasa Leguizamón con Piedra Buena, Pedro Bernate con Lola Rivero, Clementina Llamas con Fernandez.

A las cuatro de la mañana terminó el baile, en medio de una alegría general, por los momentos pasados.

C.

Noviembre de 1881.

AL OBISPO QUE ME LLAMA ATEO

¿Ateo? entendámonos, ministro del Señor, una vez por todas: Espiarme, acechar mi alma, estar á la husma, mirar por el ojo de la llave en el fondo de mi espíritu, indagar hasta donde alcanzan mis incertidumbres, cuestionar el infierno; consultar su registro de policia, á través de su siniestro respiradero, para ver lo que niego ó lo que creo, no os deis este trabajo, pues sería inútil. Mi fe es sencilla, y la proclamo en voz alta. Agrádame la franca claridad.

Si se trata de un hombre bondadoso, de poblada barba blanca, de una especie de Papa ó de emperador, sentado sobre un trono, que en lenguaje teatral llámase bastidor rodeado de nubes, y con un pájaro sobre su cabeza, y á su derecha un arcángel, y á su izquierda una profeta, sosteniendo en brazos á su pálido hijo desgarrado por los clavos, uno y trino, escuchando los armoniosos sonidos del arpa, Dios celoso, Dios vengador, que inscribe en su registro á Garasse, que anota el abate Pluche en la Sorbona y aprueba á Nonotte; si se trata de ese Dios que valida á Trublet, Dios que pisotea á cuantos derriba Moises, consagrando a todos los réijos bandidos en sus madrigueras, castigando á los hijos por las faltas de sus padres, deteniendo el Sol al

anochecer, á riesgo de que se rompa instantaneamente el gran resorte, Dios, mal geógrafo y no mejor astrónomo, inmensa y pequeña falsificación del hombre, encolorizado y haciendo morisquetas al género humano, empuñando un sable, á semejanza del Padre Duchêne, Dios que de buena gana condena y raras veces perdona, que sobre una injusticia consulta la imágen de la Virgen; Dios que en su azulado cielo, cree deber imitar nuestros defectos y se complace en medio de las plagas, así como los mortales nos complacemos al vernos rodeados por querida jauria; que turba el orden, lanza sobre nosotros Nemrod y Cyrus, hace que nos muerda Cambises, y arrójanos entre piernas á Atila; sí, ministro del Señor, sí, soy ateo paña ese buen Dios.

Pero si se trata del ser absoluto que condensa el ideal en toda su evidencia, por el cual manifestando la unidad de la ley puede el universo, así como el hombre, decir: yo; del ser cuya alma siento en el fondo de la mía, del ser que me habla en voz baja, é incesantemente reclama en favor de lo verdadero y ataca lo falso, entre los instintos cuyo oleaje nos suerje á medias; si se trata del testigo que unas veces acaricia mi oscuro pensamiento y otras lo punza, según lo que en mí, remontándome al bien ó cayendo en el mal, siento engrandecer el espíritu ó crear el instinto animal, si se trata del prodigio inmanente que se siente vivir mas de lo que nosotros vivimos, y con que se embriaga nuestra alma cada vez que se muestra sublime, yendo donde voló Sócrates, donde Jesús llegó, por lo justo, lo verdadero, lo bello, directamente al martirio, cada vez que un gran deber atraela hácia el astro, cada vez que se encuentra envuelta en gigantesca tempestad, cada vez que tiene la augusta ambicion de ir, á través de la infame, sombrá que abomina y del otro lado de la noche, en busca de la aurora, ¡oh ministro del Señor! si se trata de esca alguien profundo que las religiones no hacen ni deshacen, que adivinamos bueno y presentimos sabio, que carece de contornos así como de rostro, pero no de hijos, ya que su paternidad y su amor son mas vastos que la luz estival; si se trata de ese vasto desconocido que no se nombra, ni explica ó comenta ningun Deuteronomio; que los Calmets tampoco pueden leer en ningun Estras, que el niño en su cuna y los muertos en su mortaja divisan vagamente desde abajo como una cima, Altísimo no comible en ningun pan

ázimo, que no se enfada porque se profesen mútuo amor dos corazones, y que ve la naturaleza donde tú ves el pecado; si se trata de ese Todo vertiginoso de los seres, que habla por la voz de los elementos, sin sacerdotes, sin biblias, que tiene el abismo por libro y el cielo por templo, Ley, Vida, Alma, invisible á fuerza de ser enorme, impalpable hasta el punto que fuera de la forma de las cosas que disuelve aéreo soplo, se vislumbra en todo sin prestar asidero; si se trata del supremo Inmutable, solsticio de la razon, del derecho, del bien, de la justicia en equilibrio con el infinito ahora, anteriormente, hoy, mañana, siempre, dando su duracion á los soles y la paciencia-necesaria á los corazones, que, claridad fuera de nosotros, en nosotros mismos es conciencia; si de ese Dios se trata, del que ha lucido siempre en la aurora y en el sepulcro, siendo lo que empieza y lo que vuelve á empezar; si se trata del Príncipe eterno, seucillo, inmenso, que piensa, puesto que es, que de todo es el lugar, y que á falta de otro nombre mas grande llamo Dios, en tal caso, todo cambia, en tal caso nuestros espíritus se vuelven, el vuestro hácia la noche, sima y cenagudo moran las risas, las puerilidades, vision siniestra, y el mio hácia el dia, santa afirmacion, himno, deslumbramiento de mi alma arrobada, en tal caso, ministro del Señor, yo soy el creyente y vos el ateo.

VICTOR HUGO.

MISCELÁNEA

EL ALMANAQUE SUD-AMERICANO

La novedad de la quincena ha sido la aparicion del Almanaque sud-americano que dirige el señor Prieto.

No tiene mas punto vulnerable á la critica que el titulo.

No es un *almanaque*, es un *libro*, pero un libro selecto en toda la estension de la palabra.

El señor Prieto, es uno de los mejores humoristas contemporáneos que escriben en el idioma de Cervantes.

El Almanaque que nos ocupa registra infinidad de áticos y valiosos trabajos que le pertenecen.

Con esto solo, el éxito estaría asegurado.

Pero hay mas.

Adornan sus páginas trabajos de Eduardo Mansilla de Garcia, Pilar Sinués de Marco, Olivera, Lugones, Villergas, Guido, Calzada, Garcia Merou, Zorrilla, Tainini, Obligado, Barros, Vicuña Makenuu, y de muchos otros literatos americanos y españoles.

La infinidad de grabados que tiene lo hace aún mas interesante y ameno, si es posible esto.

En uno de nuestros próximos números hemos de ocuparnos mas detenidamente de la obra del señor Prieto!

Por ahora solo nos concretamos á anunciar su aparicion é interesar al lector á que se la procure, creyendo hacerle un servicio que nos agradecerá despues;—pero ha de procurarla en fuentes puras, que los lectores *de ojito* hálos excomulgado monseñor Aneiros.

Cuidado, pues, en incurrir en el anatemata.

SALVADOR MARIO

Escribimos este suelto hoy viernes 18 de Noviembre.

Esta fecha nos trae á la mente un tristísimo recuerdo.

Hoy se cumple el segundo aniversario de la muerte de Salvador Mario.

Como tributo á su memoria *El Album* publica en otro lugar la sentida poesia que ante su tumba leyó Enrique E. Rivarola.

EL CORREO ESPAÑOL

Agradecemos debidamente á este benévolo colega los conceptos que le merecen «El Album» y su director y que en otro lugar transcribimos.

En cuanto á que Mendez ha contribuido con su grano de arena al mejor resultado de las fiestas españolas, esto no merece mencion por que ha sido un deber hacerlo.

Para las divisiones geográficas y políticas hay necesariamente españoles y americanos.

Para el sentimiento y el arte solo hay hermanos que anhelan nobilísimos é idénticos resultados y que se comprenden en el mismo idioma.

UN NUEVO LIBRO

En prensa nuestro periódico, recibimos el libro que, con el título de «Un poco de prosa» acaba de publicar nuestro inteligente colaborador Antonio Argerich. Hojeado lijeramente, hemos encontrado

en sus páginas, la belleza de la forma, la profundidad del pensamiento y la cultura del lenguaje que caracterizan las obras de los buenos escritores.

No diremos ahora si las ideas que contiene estan ó nó en armonia con las nuestras, por que el tiempo de que podemos disponer no nos lo permite, pero despues cumpliremos con este deber.

Entre tanto, nos concretamos á agradecerlo y transcribir algunas lineas en que se ocupan de su aparicion dos importantes diarios de esta ciudad, anunciando, á la vez, á nuestros lectores que, por el infimo precio de veinte pesos moneda corriente, se encuentra en venta en la Administracion de este semanario.

Habla «La Nacion»:

Un poco de prosa—Acaba de aparecer un volúmen de 168 páginas, titulado *Un poco de prosa*, compilacion de diversos artículos del jóven Dn. Antonio Argerich, que es bien conocido en nuestro pèqueño mundo literario.

El jóven Argerich ha escrito en *Al Album del Hogar*, ocultándose siempre bajo pseudónimos y mas especialmente con el de *Da-Freito*.

Sus producciones se han caracterizado siempre por una acritud implacable, fustigando los vicios sociales y las malas pendientes del espíritu, con la mayor perseverancia. Cada artículo de *Da-Freito* es un azotamiento que hace saltar la sangre del personaje criticado.

Análisis acerbos de las miserias humanas están casi siempre en la verdad; pero se extravian muy fácilmente, presentando al hombre mas malo de lo que en realidad es. Podria quizá decirse con razon que el autor de esos análisis es un humorista mal humorado. Escribe con gracejo cosas que piensa con el ceño fruncido.

La compilacion á que nos referimos trae un prólogo de Eduardo L. Holmberg.

Dice «La Nacion Española»:

Un poco de prosa—Tal es el título de un libro de 168 páginas en octavo (Buenos Aires, Ostwald y Martinez—1881) en el cual el literato argentino Dn. Antonio Argerich ha reunido los artículos de costumbres y critica social que tanto nombre le han dado. El Sr. Argerich tiene talento, posee un estilo fácil y trata con galanura y acierto los asuntos mas difíciles; deseamos que su aineo libro llegue pronto á la 10.ª edicion.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 27 DE 1881.

FACUNDO HEREDIA

Novela original de J. P. de Sagasta.

CAPITULO I

(Continuacion.)

Maria en tanto comparaba en silencio la figura vigorosa aunque esbelta y gentil del gaucho y el cuerpo fino y débil del dandy de cabello perfumado y lente á la francesa: comparaba el chiripá (1) que con tanta gracia y desenvoltura llevaba Facundo apretado á su bien formado talle, por medio del tirador de cuero y plata, con el pantalon bombilla de riquísimo casimir flor romero que ceñían las piernas delgadas de su futuro: luego, el talle de Facundo, cubierto con la camiseta de merino azul bordada de seda blanca, que dejaba tan libres sus movimientos, con el jaquet ajustado de anchas solapas, faldetas desairadas, que vestía Nicanor. En una palabra, hasta el facon (2) que brillaba en la cintura del gaucho le parecía á la jóven un objeto mas á propósito para un hombre, que el cortaplumas y escarbudientes de nácar y oro que usaba Nicanor. El exámen fué favorable para Facundo, y Nicanor perdió en la imaginacion y en el corazon de su novia un ciento por ciento, ante la figura interesante del hijo del campo.

Aquella noche se pasó como se pudo, sin embargo de que los jóvenes tuvieron toda la comodidad posible. Para Elisa hubo un catre limpio y abrigado y para Maria el lecho blando de Facundo. Al despedirse este de la jóven, mi cama es

(1) Chiripá: manta que usan los gauchos argentinos y que les sirve de pantalon.

(2) Cuchilla: de grandes dimensiones que usan los paisanos dentro de una doble hoja de cuero y que lo llevan en la cintura.

para vd. le dijo, duerma en ella, y añadió bajando la voz, no se la ceda á nadie, buena noche, y salió.

Al dia siguiente, á las seis de la mañana, el carruaje estaba atado y todo pronto para la marcha: habia cesado de llover y amanecido un dia hermoso y templado. Todos estaban bajo el ombú y solo esperaban á Maria. Por fin la jóven apareció, tenia el rostro sonrosado, y los ojos, azules como el cielo, brillaban con una fuerza nueva y que la embellecía doblemente.

—Buen dia, dijo tendiendo su mano á Facundo.

—Yo no le digo buen dia, dijo este, porque los ángeles y las flores siempre lo pasan bien.

Nadie estrañó la galanteria del paisano, porque aquel que conoce el modo de ser de los hijos del campo, su naturaleza tan inclinada á la poesia, no estraña esas suaves y sencillas comparaciones que ellos saben hacer tan oportunamente y á su modo.

Maria sonrió dulcemente y saludando con frialdad á Nicanor besó en la frente á Elisa y á su padre.

Nicanor se acercó al oido de la jóven—¿y a mí,? le dijo sonriendo.

Maria se estremeció, retírese vd, respondió volviendo el rostro contrariada.

Los ojos de Facundo vieron aquel movimiento y comprendió todo sin saber nada.

Elisa subió al carruaje, despues Nicanor, Maria se volvió á Facundo, le tendió la mano diciéndale:

Mil gracias por toda su atencion; si alguna vez vá vd. cerca de nuestra estancia, tendremos mucho gusto en que llegue á tomar un mate con nosotros.

Facundo se inclinó casi con finura:—no tiene vd. que darme gracias, dijo con el timbre de su voz dulce ligeramente conmovido—soy feliz con haberle sido útil y no tardaré en ir á tomar ese mate que vd. me ofrece con tan buena voluntad.

—Tendremos mucho gusto, mi amigo, dijo Dn. Máximo, que era llano y cariñoso como Maria, tendremos mucho gusto y

yo repito á vd. lo que mi hija le ha dicho.

Facundo volvió á inclinar su varonil cabeza, descubierta ante la jóven.

Basta Maria, por Dios, dijo Elisa, sube. Sí, agregó Nicanor, *rabiando*, suba vd. porque sinó no llegaremos hoy y tendremos que pasar otra noche pésima en algun rancho miserable.

Un relámpago de odio brilló en los ojos de Facundo. Maria calló y don Máximo dando la mano á Facundo subió en la berlina: Nicanor se bajó para dar la mano á Maria, pero ésta ayudada por Facundo puso el pié en la rueda y se sentó al lado de su padre.

—¿Que no vá vd. adentro? dijo Nicanor.

—Ya lo vé, voy con mi padre.

Facundo agradeció con toda su alma la actitud de la jóven y se encontró vengado de Nicanor, del sangriento ultraje que antes le dirijiera encubiertamente.

El carruaje partió. Facundo de pié, bajo el ombú quedó largo rato siguiendo con una mirada intensa el rodado que llevaba á Maria. Cuando ya el carruaje bajando á una cañada se perdió á sus ojos lanzó un suspiro y se encaminó al palenque, (3) allí desatando su caballo, montó en él y se alejó al galope.

CAPITULO II

Las hermanas.

Elisa y Maria eran solo hermanas de padre. Ambas eran bellas, pero sus tipos como sus caracteres eran completamente opuestos. Elisa, con su rostro moreno, sus grandes ojos fogosos y negros como la noche, su abundosa cabellera, mas negra aun, y sus labios rojos, sonrientes siempre para enseñar dos hileras de bellos dientes nacarados, ofrecia toda la hermosura de la mujer primitiva americana. Tenia sobre su rostro moreno y de expresion recelosa, casi hurana, ese sello único de las bellezas *Lurandier*, parecia, al vérselo pensativa y retraida

(3) Palos enterrados hasta la mitad que sirven y son de primera necesidad en las estancias para atar caballos ensillados ó por ensillar.

cuando estaba sola, una india hermosa con toda su expresion sagaz y maligna.

Maria, por el contrario, era el tipo de la candidez y la inocencia, volcada por la mano de Urbino sobre los lieuzos sagrados; como esas imágenes de suaves contornos y de líneas curvas, era el rostro y la forma de aquella criatura.

Era rubia como un rayo de sol, y sus ojos azules, como una onda del cielo; su voz era armoniosa y su conjunto de rostro y figura atraía con esa seduccion inexplicable pero imposible de resistir que en ciertos seres es como un *don divino*.

Don Máximo, viudo dos veces, dividia su cariño entre aquellas dos criaturas amadas, dando sin embargo preferencia á Maria, cuyo carácter bondadoso y en extremo amante, era la viva imagen de su difunta esposa Herminia.

Esta distincion perfectamente definida por Elisa, daba entrada en su corazon á un sentimiento de vil egoismo, acabando por cobrar verdadera antipatia á su hermana.

Mi padre la quiere mas, decia, es mas bella que yo, luego tambien es rica, todos la miran, y Elisa, al decir esto pálida y sombría, secaba una lágrima que abrasaba su mejilla.

En tanto Maria, dichosa como pueden serlo los ángeles, no sentia en su corazon esa inquietud de las malas pasiones, vivia tranquila, dividiendo su alma entre su padre y su hermana. Nicanor, aquel jóven á quien hemos visto hacer el papel de novio de ella, lo era en efecto, sin que esta pudiese hasta entonces darse cuenta cada vez mas contrariada, cómo habia hecho para contraer un compromiso que pesaba sobre su corazon indiferente en un todo para aquel hombre, como pesa una montaña.

Cuando Nicanor hablaba del porvenir y soñaba un cielo con el amor de Maria, la jóven pálida, inclinaba su cabeza y callaba, callaba por temor de lastimar aquel corazon que ella en su inocencia creia haber sensibilizado hasta lo infinito; callaba, pero sentia su alma sollozar de tristeza:—sentia una voz secreta que le aseguraba la eterna desgracia de su vida una vez echado el lazo indisoluble.

Por eso cuando la jóven habló á Facundo, vió como una aureola ante sus ojos, sintió en su corazon el latido que alza el alma hasta Dios, y hasta su naturaleza, le pareció que se cambiaba á aquel golpe de ternura: amó y se sintió con fuerza para luchar.

Aquel cariño, que ella creia un secreto, no lo era sin embargo. Elisa lo habia penetrado.

Veamos:

A la noche siguiente—Maria desvelada en su lecho, pensaba en Facundo,—cuando su hermana entró en su nuevo aposento, se acercó al lecho y tocando á la jóven—
—Maria, la dijo, estás despierta!

—Sí, contestó—sí, qué quieres?

—Deseaba hacerte una pregunta. . .

—Haz cuantas quieras, estoy acostada pero te escucho.

—No voy á hacerte mas que una: ¿por qué tratas tan mal á Nicanor?

—Bah! porque he comprendido que es un mentecato, un botarate tonto y con mas audacia que valor.

—Me asombra, ¿porque no has comprendido eso antes?, tú no pensabas así en la ciudad.

—Es cierto, pero allá estaba ciega, y aqui veo claro.

—Mentira, Maria, mentira, tu has coqueteado con Nicanor.

—¿Y quién te ha autorizado para reprochar mi conducta?

—Un proceder sin calificativo.

—¿Y á tí que te importa? exclamó Maria ya amostazada, si mi padre me hablara así, santo y bueno, pero que tú vengas á censurarme á mí, me sorprende, y te aseguro que no volveré á escuchar tus impertinencias.

La jóven se dió vuelta hacia la pared, y Elisa furiosa, murmuró en alto:

—Dí mejor, que estás vergonzosamente enamorada del *cimarron*, del gaucho Facundo.

Maria, á pesar de la suavidad de su carácter sintió que la cólera inundaba su corazon: aquel sentimiento purísimo que germinaba en todo su ser, y que cual el perfume de una flor guardaba cuidadosa dentro de su alma virjinal se resintió, y sentándose en el lecho, con voz firme y los ojos fijos con resolucion en su indiscreta hermana:

—Sí, le dijo, sí, estoy enamorada de Facundo, tú lo has dicho, tú has descubierto la venda que cubria mis ojos y mi corazon; hasta este momento, queria engañarme á mi misma clasificando de admiracion, un amor sublime, un amor purísimo y eterno, un amor que solo será de él, y Maria respiró con fuerza, como si aquella confesion arrancada del fondo de su alma aliviara en parte el peso que la embargaba.

Una carcajada burlona, fué la contestacion de Elisa: aquella carcajada la oyó Ma-

ria pero no la comprendió: Elisa no solo se reia del amor despreciable, segun ella, de su hermana, sino que se reia de haberle arrancado aquella confesion que tanto deseaba para sus planes.

El alma mezquina de Nicanor, sus sentimientos é ideas armonizaban con los sentimientos y las ideas de Elisa y solo una equivocacion de entreambos pudo inclinár á la jóven hácia un ser tan insignificante para su gran alma.

Elisa se fué á su alcoba y Maria cerró inútilmente los ojos, su pensamiento, su alma entera, deliraba con Facundo. La jóven feliz con su amor romántico, ni siquiera pensaba en la distancia de orijen que los separaba; los obstáculos no la inquietaban, por el contrario, luchar por él, amarlo y ser suya contra la voluntad del mundo entero era un placer, un placer que saboreaba casi feliz. Ella habia visto en los negros ojos de Facundo una expresion de fiereza tan grandiosa que, amparada por él, nada temia, y era fuerte como un coloso en medio de su interesante debilidad. Ora veia á su amado, bello é imponente, con su traje suelto y ondulado, ora de pié con el caballo de la rienda, iluminada por intervalos su espléndida figura por la luz asfrosa y fantástica del rayo, ora triste y melancólico, oprimiendo con su nervuda y vigorosa mano la mano de ella, ayudándola á subir al carruaje, ora lo veia, en fin, á la luz de la luna, correr sobre un potro volador, salvando la distancia que los separaba, y hermoso y valiente caer de rodillas á sus pies, suave y sumiso como un niño. Maria deliraba y así la sorprendió el nuevo dia.

(Continuará.)

San Martin, Noviembre de 1881.

AL ÓDIO

Vé á buscar un asilo pavoroso
En el fondo sombrío de alguna alma
Por el puñal del desencanto herida,
Por la hiel de la duda emponzoñada;

Pero á empañar no vengas con tu aliento
De mi vida feliz la pura página:
¿Odio? . . . jamás! La humanidad entera
Teudrá solo mi amor jella es mi hermanal

CELESTINA FUNES.

Rosario, Noviembre de 1881.

FLORENCIO VARELA

La rectitud y la bondad formaban el fondo del carácter de Varela.

Tenia por su anciana madre una veneración ejemplar. Cuando hablaba de ella delante de sus hijos, se advertía el empeño que ponía en hacer que estos participasen del respeto y del amor que él la profesaba.—Lo mismo era para con sus hermanos.—En su boca solamente había elogios para los suyos.—De este modo cimentaba la unión estrecha y la moralidad intachable que siempre ha distinguido á su familia.

Amaba á sus amigos tanto como á sus hermanos; y sus amigos eran muchos. Los tiene donde quiera que haya estado en contacto con sus semejantes; tanto en su patria, como aquí; lo mismo en el Brasil, como en Inglaterra y en Francia. Era realmente imposible acercarse á este hombre, siempre afable, sin amarle.—Ameno en su trato, prudente en sus consejos, civil con todo el mundo, nadie se separó de su lado sin estimarle. Si su asesino hubiese hablado diez minutos con él, no habría tenido valor para herirle. Si le hubiese tratado un día, no habría podido ser su enemigo.

Poseía en alto grado el talento de la conversacion, y era preciso que su interlocutor le causara mucho tedio, para que el diálogo no se mantuviese animado y siempre sostenido por él.

Con nadie se esforzaba tanto en ser amable como con los extranjeros. Miraba como un deber atenderlos y servirlos, quizá por esa simpatía natural que se establece entre los que sufren una misma desgracia: la de vivir fuera de la Patria. Como un obsequio al extranjero, y como un medio de instruccion propia tambien hablaba en sus respectivos idiomas á los Franceses, á los Ingleses, á los Portugueses y á los Italianos que frecuentaban su casa. En esto, Varela sentía un placer especial, que era muy fácil advertir en él, cuando se reunian en su escritorio varias personas de diferentes hablas.

Tan atento y tan afable era con sus hijos en su casa, como con los extraños en la calle.

Amaba como un padre á todos los que de él dependian, sobre todo á los empleados en su establecimiento de imprenta, y

al porvenir de algunos jóvenes aprendices que en él se formaban.

La Patria era el ídolo de su corazón; pensaba en ella todos los días y en todas las horas. Toda su esperanza era volver á ella con sus hijos; todo su deseo servirle, con sus talentos y sus luces. Hojeando los apuntes de sus viajes á Inglaterra, se encuentra á cada paso que si quería ver y aprender, era con la mira de importar en su país, ó de contribuir con sus consejos á que en él se importaran, los progresos de todo género que presenciaba en aquellos grandes centros de la civilización.

Se engañaría mucho aquel que pensase que Varela abrigaba ideas de ambicion política.—Deseaba mucho volver á su país, deseaba serle útil, pero no gobernar. Mil veces le hemos oido formar sus proyectos para entónces, y todos se reducian á tener una casita, sobre todo en el campo, con las comodidades necesarias; una imprenta para sostenerse con el producto de su trabajo y de su inteligencia, y el tiempo necesario para realizar su proyecto favorito: la composicion de una historia completa de la revolucion Sur-Americana. Creemos que sus conciudadanos le habrian forzado á tomar parte en las cargas públicas: pero, ciertos estamos de que si algun empleo hubiera aceptado voluntariamente, solo habria sido el de representar su país en el exterior.

La integridad y la rectitud de su carácter eran de todos conocidas.—Era sabido que en su estudio de abogado solo se defendia la justicia, y los clientes de Varela llevaban por su parte la ventaja de que la conciencia pública estaria prevenida en su favor desde que Varela les defendia.—Nunca puso en conflicto á sus clientes por exigencias de dinero.

Su moralidad sin tacha estaba á la vista de todos; y su evidencia misma nos ahorra de detenernos en este punto.

Los desengaños que iba adquiriendo, y la experiencia de la revolucion, le habian hecho volver los ojos á la juventud que cultiva el espíritu, y esperar en ella. La siguiente carta, que conservamos como una reliquia preciosa, muestra sus sentimientos respecto á la generacion que venia tras él.

•No puedo conceder á Vd. los dictados que me da: pero de cierto, Luis, amo con pasion, con ternura, con el ardor de la esperanza, á la juventud estudiosa y moral: me gusta fomentarla, ayudarla

corazon, y por deber de patriotismo: porque tengo en esa juventud mas fé que la que tiene ella misma. Nada, nada, ni mis infortunios personales, ni la pérdida de mis años y de mi salud en el destierro, me duele tan hondamente, en el naufragio de nuestra patria, como ver errante, sin centro de union, sin aplicacion inmediata, á esa juventud llena de vida, que tal vez la malgasta como yo, en el suelo del extranjero. Créame Vd., Luis, busco la sociedad de Vds. porque nada, despues de los cariños domésticos, me desarruga la frente y me desanbla el espíritu, como la sociedad de los jóvenes que encuentro puros de corrupcion y de infamia, en la época en que todo se corrompe; y entregados al estudio, cuando todos escarnecen al que desca ilustrarse.—Mayo 26 de 1841.

Florencio tenia una alma muy noble; con facilidad se elevaba á la altura del entusiasmo. Los actos de valor, de virtud, de heroismo, hacian vibrar su corazón y llenarse de lágrimas sus ojos. Hemos encontrado este memorandun entre sus papeles:

•Enthusiasm is the genius of sincerity, and truth accomplishes no victories without it. (Bulwer—the last days of Pompey, chap VIII.) Yo puedo añadir: no puede haber entusiasmo sino por lo bello ó por la virtud. La pasion por el vicio es irritacion del espíritu, no es entusiasmo; es el estímulo de la embriaguez, no el de la sed.

Varela tenia un espíritu sumamente activo. Cuando estaba en su casa ocupado en pormenores domésticos, ó en trabajos manuales, á que era muy dado, pasaba el tiempo recitando en alta voz, trozos de Virgilio, de Manzoni, de Byron, de Quintana ó de los Salmos. El trabajo continuo de la redaccion de su diario, iba gastando un poco esta costumbre, que siempre tuvo hasta el año 45.

Dotado del natural elevado que hemos tratado de describir, era necesario que este varon justo supusiera siempre en sus semejantes las mismas cualidades que adormaban su alma. Así, jamás creyó encontrar en las personas que se le acercaban, defectos ni malas inclinaciones. Acosija á todo el mundo con la mayor franqueza; de nadie desconfiaba nunca. Nada era, por consiguiente, mas fácil que hacerle caer en una celada.

Varela era muy festivo en su trato familiar. Reía mucho, y le gustaba que todos los que le rodeaban fuesen de

humor alegre. Todo hombre chistoso y decidior le caía en gracia.

En el interior de su familia, pasaba horas enteras jugando con sus hijitos; materialmente como un niño.

Eso no impedía que fuese en extremo grave, siempre que las circunstancias lo requieran.

Era fiel á su palabra; muy reservado, é impenetrable para guardar un secreto. A estas cualidades propias de un hombre nacido para los negocios públicos, se agregaba el dominio de sí mismo, y la facilidad con que sabia disimular sus impresiones.

Aunque su diario no representaba las opiniones de un círculo, Varela oía las opiniones de sus amigos, las pedía á algunos de ellos y las adoptaba. Hacia esto, sobre todo, en las circunstancias delicadas; pero es preciso decir, que cuando leía sus artículos á sus amigos, siempre obtenía la unánime aprobacion de ellos.

LUIS L. DOMINGUEZ.

NO DUDÉS MAS!

No puedes olvidarme!—Se conoce tras del mentido goce que en vano finjes que tu vida embarga, el suspiro que surge de tu pecho donde reinan las sombras del despecho que tu existencia juvenil amargal

Tú sabes bien, que mi pasión profunda toda mi vida inunda cual un diluvio de brillantes haces, sabes muy bien que te idolatro ciego, y que en mi pobre corazón de fuego á cada instante con mas luz renaces!

Todo eso sabes tú; pero, la duda, cual una sombra muda, tétricamente en tu conciencia vibra; y el orgullo fatal que te devora dá á tus ojos la chispa acusadora de la batalla que en tu ser se libra.

No dudes más! Tú te haces desgraciada. ¿No lees en mi mirada todo el inmenso amor que me enloquece? ¿No ves que á tu despecho simulado, mi pobre corazón enamorado en su pasión y su delirio crece?

No dudes más. La aurora cuando estalla mantiene con las sombras, la batalla

que pone en fuga la nocturna calma; es tiempo ya de que á mi negra noche, ponga en fuga, alabrir su ardiente broche, la dulce aurora del amor de tu alma!

F. S. y C.

Noviembre de 1881.

ACTUALIDAD

La ciudad va quedando desierta.

En mala hora se les ocurrió á varios *reporters* decir que la *high-life* se aprontaba para emigrar á los pueblitos de campo.

Desde entonces, parece que muy pocos quisieron restar en la ciudad representando el papel de plebeyos... de la democracia.

Son fabulosos los alquileres que se están cobrando por las casas en Flores, Belgrano y otros pueblitos circunvecinos.

Con esto están dichos los sacrificios y empeños que habrán realizado los representantes de nuestra zafada burguesía ó *demi-monde porteno*.

¿Cómo es posible no ir al campo?

Hay infinidad de familias que por pagar su tributo á la moda y la vanidad, abandonan verdaderas comodidades en la ciudad para sufrir de todas maneras en el campo.

En los pueblitos que rodean á Buenos Aires existen todos los inconvenientes de la ciudad y muy pocas de sus ventajas.

Los vientos allí son mas sensibles por la poca edificación y el polvo es continuo por la falta de empedrado.

Las municiones de boca hay que llevarlas desde Buenos Aires porque en los almacenes de aldea ó son malas ó muy caras, á consecuencia de faltar la competencia, por ser el comercio reducido y de poco movimiento.

Faltan baños, mercados medianamente provistos; en fin, todo tiene que hacerse á fuerza de plata.

Pero... ¿cómo es posible no ir al campo?

Por lo general una familia numerosa va á alojarse en una pequeña casita y perdurablemente vive en un desarreglo continuo.

Jamás está preparada para recibir una visita.

Si golpean la puerta sucede un desbande general, las niñas disparan de una á otra pieza, la mamá cautelosamente y ocultando cuerpo y cara, avanza un dedo rígido para entornar una celosía, lo consigue, despues de varias tentativas, entonces se da vuelta toda colorada y varias voces la preguntan en coro:

—¿Quién es?

La señora que está toda sulfurada no contesta la pregunta y clama en el colmo de la desesperacion:

—No ven Vds, yo tengo que hacerlo todo, hasta recibir,—nunca están arregladas, malditas!...

—Mamá, que puede oírte...

—Llama entonces á la sirvienta: ¿dónde estará esa china canalla? Margarita! Margarita!

Suena otro golpe en la puerta de calle.

—Que vergüenza, dice la mamá.

Va al fin la sirvienta é introduce á la sala al visitante.

No tarda en juntársele la señora, que se ha empolvado el rostro para velar la sofocacion.

Entonces empieza este diálogo:

—Tanto gusto de verle á Vd.—Qué milagro que se ha acordado de nosotras.

—Me ofende Vd. señora... ¿y las señoritas?

—Muy buenas, gracias; ahora van a venir.

—¿Cómo le vá á Vd. de campo, señora?

—Muy bien, á las muchachas les prueba mucho.

—Es muy lindo esto.

—Es verdad y sobre todo la tranquilidad.

Tenemos que darle nuestros plácemes á una de nuestras colaboradoras.

Nos referimos á la señora Angela Galan de Souza, que ha tenido la suerte de sacarse parte de una lotería grande.

No está malo que empiece la fortuna á favorecer á la colaboracion de *El Album*. Que continuara, fuera de desear.

Felicitemos, con este motivo, á nuestra colega femenina.

Siguen los anónimos perturbando á los miembros de la *zonzey-life*.

Ya no son invitaciones para supuestos bailes en que el elegido para la broma se encuentra á la noche todo desprevenido.

con una llúvia de relaciones que se le presentan con una tarjeta de invitacion.

Ahora la cosa asume proporciones mas serias.

Conocemos en todos sus detalles una de estas últimas bromas y pasamos a referirla suprimiendo nombres por exigirlo así una serie de consideraciones que sería por demas difuso consignar.

Conténtese el lector con saber el milagro y . . . vamos á ello.

Es el caso que un conocido dandy escribió una carta á la hija de uno de nuestros mas fuertes rentistas.

La tal carta no se sabe como fué interceptada por uno de los bromistas, parece que la llevó á la sociedad, porque no hay duda que hay una formada para desesperar á la *high life*, y allí se trauó la conspiracion.

La carta fué contestada admitiendo los amorosos homenajes.

El dandy no se hizo esperar en la réplica y pidió pelo.

Pues pelo se le mandó.

Pidió retrato y cita.

Como no se podia conseguir una fotografia de la niña, se inventó un pretesto fútil, pero se accedió á la cita fijando hora.

Un muchacho con librea era el encargado de llevar las cartas. Al llevar este al dandy la última, le entregó una llave.

A las doce y media de la noche acudió el dandy á la cita, abrió la puerta de la casa de su amada y siguió orientándose segun las instrucciones que le habian dado.

De pronto oye un grito de ¡ladrones! ¡auxilio!—trata de disparar y un palo lo derriba.

Toda la casa se puso en movimiento.

Llega el gefe de la familia armado de un enorme revolver y reconoce al dandy.

Lo lleva á su escritorio y allí el dandy se enternece y enseña al padre las cartas de la niña.

Este se indigna, llama á su hija y todo se descubre.



¡Conflictol . . .

La señorita de Passo se presentó estos dias pasados á dar exámen en el colegio nacional de esta ciudad.

Al señor Estrada, rector del establecimiento, se le hizo el asunto caso de conciencia y consultó con este motivo al ministro de la Instruccion Pública.

Este señor ha resuelto el caso de una manera favorable al deseo de la señorita

No puede negarse que es galante el señor Pizarro.

En esta cuestion yo soy de la opinion de un antiguo que decia, que la mujer no debia ser tan instruida como para corregirle un solecismo á su esposo, en el hogar.

Por lo demas, no me disgustaria que hubiera *medicas*, con tal que fuesen bonitas.

Soy enfermo del corazon y las consultaria con toda la té del creyente, y si alguna se recibe de *fraile* he formado el propósito de confesarle todos los dias y comulgar cada semana. . . . no por la hostia sino para besar dedos sonrosados.

Hasta otra vez.

GRILLO.

Noviembre de 1881.

ARCO-IRIS

«Ya es europea la celebridad de Tamini. De Francia le envian las Revistas que nuevamente se publican, lo que lo acredita como uno de los representantes del público ilustrado de Buenos Aires, y su nombre aparece en el suplemento del Diccionario de contemporáneos de Gubernatis.»

De esta propia manera empieza un artículo que registra el último número de *La Ilustracion Argentina*, explicativo segun parece, de un retrato, que en hoja separada, trae el distinguido colega, de Don Luis B. Tamini.

Aunque no se me ha dedicado, lo agradezco como si así hubiera sucedido, porque me encontraba sin tema.



Del párrafo transcrito se colige que basta que á una persona se le envíen de Francia las revistas que nuevamente se publican para que esa persona tenga una celebridad europea. Si esto fuera verdad, qué célebres (*europeamente* hablando) no serian las Librerías! . . .

Tambien nos revela el sabroso párrafo que el nombre del señor Luis B. Tamini aparece en un diccionario de contemporáneos.

¿Cómo es esto?

¿Y el apellido señor articulista no lo consigna el diccionario?

Con razon entonces se llama *suplemento*.

He llamado artículo al escrito que diseña los rasgos principales de la vida del señor Tamini, porque aunque quisiera y así sea no podria decir que es una biografia.

Se vencerán Vds, leyendo este otro párrafo:

«No queremos decir que el autor de «El Naturalismo» tenga biografia, porque casi nadie la tiene á su edad; pero un literato es un hombre, y el hombre como la planta y la flor, son hijas *del suelo y del cielo*, de los *medios* en que nacen y crecen.»

Este párrafo me trae una sorpresa.

Yo creia, hasta ahora, que el señor Tamini era hijo de sus honrados padres, pero el articulista nos hace saber que es hijo «del suelo, del cielo, de los medios.»

Bendita sea mi abuela, que me enseñó la cartilla, que ha sido el hilo de Ariadna por donde he salido de este laberinto de filiacion terrestre y celestial.



Prosigue el articulista:

«Examinad su libreria (ignoraba que el señor Tamini tuviera Libreria). Se conoce que *son* de un hombre que *no lee diarios*. Buenas revistas, autores eminentes, de esos que dicen verdades que hacen pensar á pueblos y gobiernos.»

«Diez líneas suyas, contienen mas que tres columnas de esa prosa lánguidamente vieja con que corrompe el buen gusto la prensa diaria.»

Paso por alto el *son* por no pluralizarme á mi vez. Si no está demas el tal *son* segunamente le falta *otra sílaba*.

Quiero entrar en otro orden de consideraciones.



¿Porqué esta injusticia con la prensa diaria?

No habia necesidad de zaherir á la prensa para ensalzar al señor Tamini.

Se desconoce aqui la mision vasta y filosófica del periodismo moderno. El vulgariza la ciencia, despierta de su letargo á las masas y congrega á todo un pueblo en la comunión de una misma idea, de un igual afán, de un nuevo progreso. . . . de esa hoja de papel que es cátedra, púlpito y tribuna. Relámpago que incendia los cerebros y que corre veloz con las alas que le presta el pensamiento.

Si algunas veces se desvia critíquesele en hora buena, pero no se llegue á decir que un hombre es ilustrado porque *no lee diarios*.

Si así fuera, los putanes que no saben leer, serían los hombres más sabios.

Cómo se conoce que el articulista que ha escrito esa heresia no ha sido periodista, la mayoría de los, cuales son mártires, son apóstoles y verdaderos soldados rasos de la ideal.

¡Pobre escritor de todos los días! ¡Pobre bestia de carga! ¡y se te escarnecen... á tí que no tienes descanso ni recompensa proporcional; á tí que tienes que estar siempre dispuesto á la fabricación literaria; qué tienes, por la premura del tiempo, á veces, que vomitar disparates... á tí, pobre víctima ignorada, te lee cada día un nuevo crítico de ocasión, que luego te condena en un artículo que ha digerido tres meses, rumiado seis y limado un año!

Es dura la verdad, pero debe decirse: Dura como la piedra. Sin duda por esto algunos no pueden jamás llevarla consigo.

Aunque no soy amigo de nuevas relaciones porque las que tengo me tienen cansado, desearía sin embargo ser presentado al individuo capaz de escribir tres columnas de sublimidades cada día.

¿Pero, qué estoy refutando? ¡Desgraciado de mí que he leído mal! Perdon por lo dicho, señor articulista. Volvamos á leer: «Diez líneas *suyas* contienen más que tres columnas de esa prosa lánguidamente vieja con que corrompe á menudo el buen gusto la prensa diaria.»

Es decir, que diez líneas del señor Tamini contienen más prosa lánguidamente vieja que tres columnas de aquella con que corrompe el buen gusto la prensa diaria.

Decididamente soy un aturdido. Si hubiera entendido el párrafo la primera vez, me hubiera ahorrado el trabajo de escribir tres carillas.

«Volvió (de Europa) derramando tesoros á manos llenas: es el introductor del naturalismo en Buenos Aires; sus doctrinas han hecho camino y hoy son numerosos sus discípulos. El joven Doctor Navarro Viola le ha dedicado su poema *Eduardo*, en prueba de adhesión y respeto.»

Esto ya no necesita comentario porque la risa afluirá á los labios del lector sin que mi pluma se meta á hacerle cosquillas.

El señor Tamini podrá haber introducido todo lo que se quiera, bien sea pagando derechos ó por contrabando, pero en cuanto al naturalismo, si alguno ha introducido habrá sido de *doble* ó imitación de vicuña: el verdadero, él mismo dice en unos folletines que publicó ahora tiempo,

que ya era planta nativa del país, citando al caso unos versos de Echeverría; por lo que toca al que ha *continuado* valientemente Emilio Zola en Francia se conoció aquí antes que el señor Tamini hubiera publicado una sola línea al respecto.

En los folletines que he citado—primeras líneas que el señor Tamini escribió sobre el naturalismo—nos hace saber que en esa época había colocados en Buenos Aires 1,500 ejemplares de Naná.

Más aún.

El señor Benigno B. Lugones había publicado mucho antes en *La Nación* un trabajo sobre el naturalismo en el cual desarrollaba atinadamente su índole y tendencias.

Y sin embargo, como es de buen sentido, á nadie se le ocurrió decir que el señor Lugones había introducido á Buenos Aires el naturalismo.

Recuerdo, que decía entonces el señor Lugones, que el naturalismo sería la escuela literaria del porvenir.

Es en lo único que disiento con él. No solo será la del porvenir sino que es la buena escuela del presente y ha sido la del pasado.

¿Han sido pocos sus representantes? ¿No han perseverado? ¿Se han contradicho ellos mismos?—No importa. Basta una sola línea para transmitir la verdad de una época á otra.

Queda pues demostrado que no han existido esas que el articulista, refiriéndose al señor Tamini, llama *sus doctrinas*. Por lo tanto no pueden ser numerosos sus discípulos. En una palabra, estos no existen.

Si hay *naturalistas* entre nosotros es efecto de causas complejas que tal vez apuntaré en otra ocasión.

¿Qué diré de la adhesión y el respeto del autor de *Eduardo*?

Navarro Viola es bien conocido y su reputación como escritor está más alta, ó por lo menos, si tal nos concede el articulista, á la par de la que tiene el señor Tamini.

¿Entonces á que viene eso de respeto y adhesión?

He aquí como un amigo bondadoso puede poner en ridículo á una persona estimable como es el señor Tamini.

Le preguntaba la duquesa á Don Quijote, si Dulcinea existía realmente ó era parte

de su imaginación, á lo cual contestó oficialmente el héroe manchego:

—Mi señora la duquesa: sobre eso *he mucho que decir*.

Lo mismo sucede con el naturalismo.

Alcornoque no hay espacio.

(No siempre ha de ser *pero*).

MONÓLOGO DE ULTRATUMBA

Leyenda Fantástica.

PRIMERA PARTE

I

Hace mucho que en Toledo
Vivió un don Juan de Acevedo,
Fuerte y duro como el toro,
Hombre que no tuvo miedo
A Dios, ni á diablo, ni á moro.
Era su delicia holgar,
Comer, beber, pasear,
Trabajar poco y dormir,
Dispuesto siempre á bailar,
Como á jugar y á reír.
Viviendo en la judería
Por antojo estrafalario,
De un moro allí se reía,
Que pasaba todo el día
Dando vueltas á un rosario.
Y murmuraba entre sí
Don Juan al mirarle así
Gastando tiempo y saliva:
—¿Creerá este bruto que arriba
Ha de gozar más que aquí?
¿Creerá lograr las mujeres
Que le promete su Alá,
Tan ducho en dulces placeres?
¿Quién cree en eso? ¡Que si quieres!
¡Valiente necio será!—
Y dando rienda á su risa
Estrepitosa y crujiente,
Se echaba á la calle aprisa,
Cuando en la iglesia de enfrente
Tocaban á decir misa.
No le llevara en verdad
A la iglesia su piedad
Ni un pensamiento elevado,
Que iba á la misa impulsado
Por mera curiosidad.
Que en ella, con interés,
De otros contrastes en pos,
Observaba á un feligres,
Que era un hombre como dos
Y más cristiano que tres.
Y contemplándole ufano
Rezará mano sobre mano
Un día tras otro día,

—¡Este es tan necio, decía,
Como el santón mahometano!—
Y luego que se cansaba
De este recreo especial,
La vuelta á una casa daba,
Donde un químico buscaba
La piedra filosofal.
Mas viendo al fin, en conciencia,
Que el químico con su ciencia
No daba con la guarida
De aquella piedra perdida,
Base de toda existencia,
Rompiendo en un joto á brios!
Que en Zocodover se oía
Como el eco de una tos,
—¡Este es tan necio, decía,
Como son los otros dos!—
Y con alma echada atrás,
Iba diciendo á compas,
Haciendo á todos reir:
«Se nace para morir,
Y una vez muertos, *no hay más.*»

II.

Mas el diablo al cabo quiso
Que le oyera el mahometano,
Y airado, más que sumiso,
Le dijo:—«Perro cristiano,
¿No crees en el paraíso?
¿No crees que allí nos darán
Una huf tras otra huf?
—¿Pues no? repuso don Juan,
¡Puestas á enfriar están
En el cielo para tí.»

Y ante tal contestacion
Lanzó un bufido el santón
Mano echando á su gumía:
Don Juan con suma alegría
Sacó su enorme espadon.

Y sin chistar ni gruñir
Se pusieron á reñir
Con furia insana los dos;
Cayó el moro, y al morir
Murmuró: *¡Lo quiso Dios!*

Y al clamar ¡válgame Alá!
Don Juan dijo:—«¡Qué fortuna
Hoy Mahoma to dará!
¡Moro... si hay moras allá,
Guárdame siquiera una!»

Y con su eterno compas
Dijo al moro: «¡Aviado estás!»
Y añadió dando á reir:
«—Se nace para morir,
Y una vez muertos, *no hay más.*»

III

Y para borrar su pista
A fuer de buen camorrista,
Por el adarve torció,
Y sereno se metió

En casa del alquimista.

Y al verle siempre en materia,
Don Juan preguntó con calma
Como un curioso de feria:
—¿Qué tal va? ¿La cosa es seria?
¿Hay alma al fin, ó no hay alma?—

Y el químico en grave són,
Como persona entendida,
Exclamó:—«¡Necia ilusion!
¡No hay alma, sólo es la vida
Materia puesta en accion!

«Cuando del calor la esencia
El vigor vital mantiene,
Hay vida y hay resistencia:
Cuando calor no se tiene
Se acaba toda existencia.

«Juego de tira y afloja
Es el que viste y despoja—
El árbol de traje externo:
¿Qué arbusto tiene en invierno
Ni un mal resquicio de hoja?

«Luego si el traje exterior
Anuncia el vital vigor
Con que lo inerte revive,
Harto claro se concibe
Que es vivir *tener calor.*

«Por el calor se condensa
La materia; y en su intensa
Actividad sin medida,
Imprime en el mundo vida
A lo que piensa y no piensa.

«Por la ley de la atraccion,
Sustancia y forma se adquiere,
Y ésta es la vida en accion;
Por la de la repulsion
Se pierde forma y se muere.

«Y esto de manera y modo,
Que cuando no es atraida
La materia á este acomodo,
Estando en *todo* la vida,
No hay *vida en nada*; eso es todo.»

IV

Con gran suma de atencion
Estuvo esta relacion
Oyendo el buen Acevedo;
Mas siendo á su comprension
Algo confuso este enredo;

—«Esperadme aquí, exclamó;
Que averiguar quiero yo
Si eso que decis es cierto»:
Salió, y á poco volvió
Llevando á cuestas al muerto.

«Y dejándolo caer,
Añadió:—«¡Por Barrabás,
Que hoy quiero probar y ver
Si esto de ser ó no ser
Éstá en el calor no más!—
«Corre que empezad, por mi nombre;
Que habiendo lumbre encendida,

Hacer podeis que me asombre,
Dando calor á este hombre,
Ya que el calor es la vida.
«Con eso saber aquí
Podemos al par los dos,
Si este santón ó alfaquí
Ha vista la cara á Dios
Y ha encontrado alguna huf.»—

V.

Miróle el químico adusto;
Pero viendo con disgusto,
En lo apretado del gesto,
Que estaba don Juan dispuesto
A ocasionarle un gran susto;

Con muy solícito afan,
Para evitarse un mal rato,
Ofreció asiento á don Juan,
Y dispuso un aparato
Casi igual al de Galvan.

Y sometiendo al difunto
A la eléctrica corriente,
Cuando todo estuvo en punto,
Dijo:—«Vamos al asunto
Y lo vereis claramente.—

«Aquí teneis el motor
De toda vida; el calor
Que da fuerza y movimiento:
El muerto en este momento
Va á recobrar su vigor.»—

Y, en efecto, á un dos por tres
Vió don Juan con interes
Que, sin embrollos livianos,
El muerto movió las manos
Y luego movió los piés.

VI.

Y abrió un ojo, y abrió dos;
Y al verle alzarse derecho
De tal probatura en pos,
Don Juan, de asombro deshecho,
Dijo:—«¡Vivo está, por Dios!—
«¡Que empiece al momento á andar,»

Añadió:—Y el muerto anduvo
Derecho y sin vacilar.
—«¡Que se pare!»—Y se detuvo
El muerto sin replicar.

«¡Voto á Dios, que es admirable!»
Dijo don Juan:—«¡A fe mia,
Esto es casi espeluznable...
¡Probemos más todavia!...
Si tiene vida, que hable.»—

Y osado cual siempre, así
Preguntó al moro: «Alfaquí,
Aquí para entre los dos:
¿Has encontrado una huf?
¿Has visto la cara á Dios?»—

Y atento lo más que pudo,
Don Juan, con oído agudo,
Esperó entre ardiente y yerto;

Mas ¡que si quieres! El muerto
Le contestó como un mudo.

VII.

Y aunque don Juan repitió
Sus frases punto por punto,
El muerto no contestó,
Que obstinado se empeñó
En callar como un difunto.

Don Juan, retorciendo el gesto,
Un tanto cuanto indigesto,
Empezó á sentir sospechas,
Pues sin mirar á derechas,
Dijo al químico:—«¿Qué es esto?

«¿Hace esto solo el calor? . . .
¿Es ésta la fuerza inmensa
De lo que llamais motor?
¿Pues dónde está lo mejor?
¿Dónde está el calor que piensa?

«Ó me probais, voto á San,
Que ese moro de Satan
Hablar puede ahora conmigo,
Ó yo en vuestra cara os digo
Que sois un gran charlatan.

«Que á la materia el calor
Pueda infundir movimiento,
Eso está bien, si señor;
Mas decir que sea motor,
Resorte del pensamiento,

Eso, voto á mi conciencia,
Exclamó don Juan con ira,
No cabe en mi inteligencia.

¿No alcanza á más vuestra ciencia?
¿Pues vuestra ciencia es mentira!

Y derribando de un zas
El eléctrico aparato
Y al nigromante detras,
Dijo:—«Vé á ver, mentecato,
Si una vez muerto *ves más*».

Y fué tan breve y tan corta
Su accion y de tal fiereza,
Que, como quien maja almorta,
Don Juan contra una retorta
Partió al sábio la cabeza.

Y con el mismo compas
Con que entró volvió á salir,
Y dijo mirando atras:
«Se nace para morir,
Y una vez muertos, *no hay más*».

ANTONIO HURTADO.

(Continuará)

MISCELÁNEA

LIBRO DE POESIAS

Con un prólogo escrito por uno de los

mas notables literatos argentinos, nuestro
Director publicará en breve un nuevo
libro de poesias.

Se titulará: «Violetas.»

Es la tercera edicion, aumentada con
setenta y tantas composiciones, que el
señor Mendez hará de sus versos por
haberse agotado las dos primeras, que
han constado de mil ejemplares cada una.

El libro irá acompañado del retrato
del autor y se venderá por treinta pesos
moneda corriente.

Los que deseen obtenerlo pueden desde
ahora hacer sus pedidos á la Adminis-
tracion de este semanario.

UN POCO DE PROSA

He aquí el juicio que continúa emi-
tiendo la prensa de Buenos Aires sobre
el libro que, con el título de «Un poco
de prosa,» acaba de publicar nuestro
inteligente colaborador Antonio Argerich.

«Un poco de prosa—El Sr. D. Antonio
Argerich ha publicado bajo este título un
volumen de 168 páginas, sobre temas de
filosofia social y costumbres.

Este libro es, en su mayor parte, una
coleccion de los escritos del autor, que
han visto la luz pública en *El Album del
Hogar*, donde han sido justamente apre-
ciados por los amantes de esa clase de
literatura.

El Sr. Argerich es un escritor correcto
y galano; su sátira original y brillante
responde siempre á un capital mayor de
observacion y de filosofia, si bien pudiera
hallarse en su obra, como defecto, un
escepticismo que casi toca en la misan-
tropia, y que pinta el mundo acaso peor
de lo que es en general.

El libro sin embargo, es de la mas
agradable lectura, y basta para confirmar
la reputacion merecida que el Sr. Arge-
rich goza en la opinion literaria del pais.»

La Patria Argentina.

«Hemos sido obsequiados con un ejemplar
del libro que bajo el modesto título de *Un
poco de prosa*, acaba de publicar el estima-
ble literato Dn. Antonio Argerich, uno de
los que con mayor inteligencia cultivan
entre nosotros la literatura.

Consta el libro en cuestion de X—170 pá-
ginas, con un prólogo del señor Holmberg,
conteniendo veinte y cuatro interesantes
artículos de critica social, seis de los cuales
vieron ya la luz pública en *El Album del
Hogar*.

Agradecemos el obsequio y recomenda-
mos la adquisicion de tan regocijado libro,

el cual hállase en venta en las principales
librerias de Buenos Aires.»

El Correo Español.

«Un poco de prosa—Este es el título
de un librero que, conteniendo trabajos
literarios debidos á la pluma de don
Antonio Argerich, ha dado á luz la casa
editora de Ostwald y Martinez.

Una buena parte de los artículos han
sido publicados en los periódicos de la
localidad con bastante aceptacion del
público. Su coleccion es, pues, útil para
librar de la vida fugaz que en los perió-
dicos alcanzan las composiciones litera-
rias del Sr. Argerich.»

La Prensa.

NOVELA

El Doctor Jorge Argerich está escribiendo
una interesante novela titulada: «El
amor salvado por la ciencia.»

Una vez terminada, la publicará en este
semanario, con una dedicatoria al distingui-
do Doctor Antonio M. Silva.

NUEVO LIBRO

Don Andrónico va á publicar un libro.
Se titulará, «Mis discursos en la cámara.»
Personas que lo han visto nos han
elogiado su originalidad: todas sus pági-
nas están. . . en blanco.

Será dedicado á los mudos.

DE UN FUTURO LITERATO

Tal cual nos han sido remitidas, publi-
camos las siguientes lineas:

Tormenta del presente mes, me voló
vaca lechera yagnané, con ternero alado
en cola.

Suplico á persona que encontró animal
mio, lo entregue en Lecheria calle Para-
ná, donde se ocupa en oficio de orde-
ñadura—

Pedro Jaurisabeherry.

GATO POR LIEBRE

«El Constitucional» ha publicado un tra-
bajo literario del *Bachiller Tormentas*.

Esto no tiene nada de particular,—en
nuestras columnas tambien han aparecido
muchos del mismo *Bachiller*, incluso el
que motiva estas lineas.

Lo extraño es, que al estimable diario de
la mañana, se lo hayan hecho pasar como
inédito habiendo sido publicado en «El
Album del Hogar» hace, lo menos, dos años.

Al «Constitucional» le han dado, pues,
inconstitucionalmente, gato por liebre, y lo
que es peor, gato viejo.

Lo sentimos.